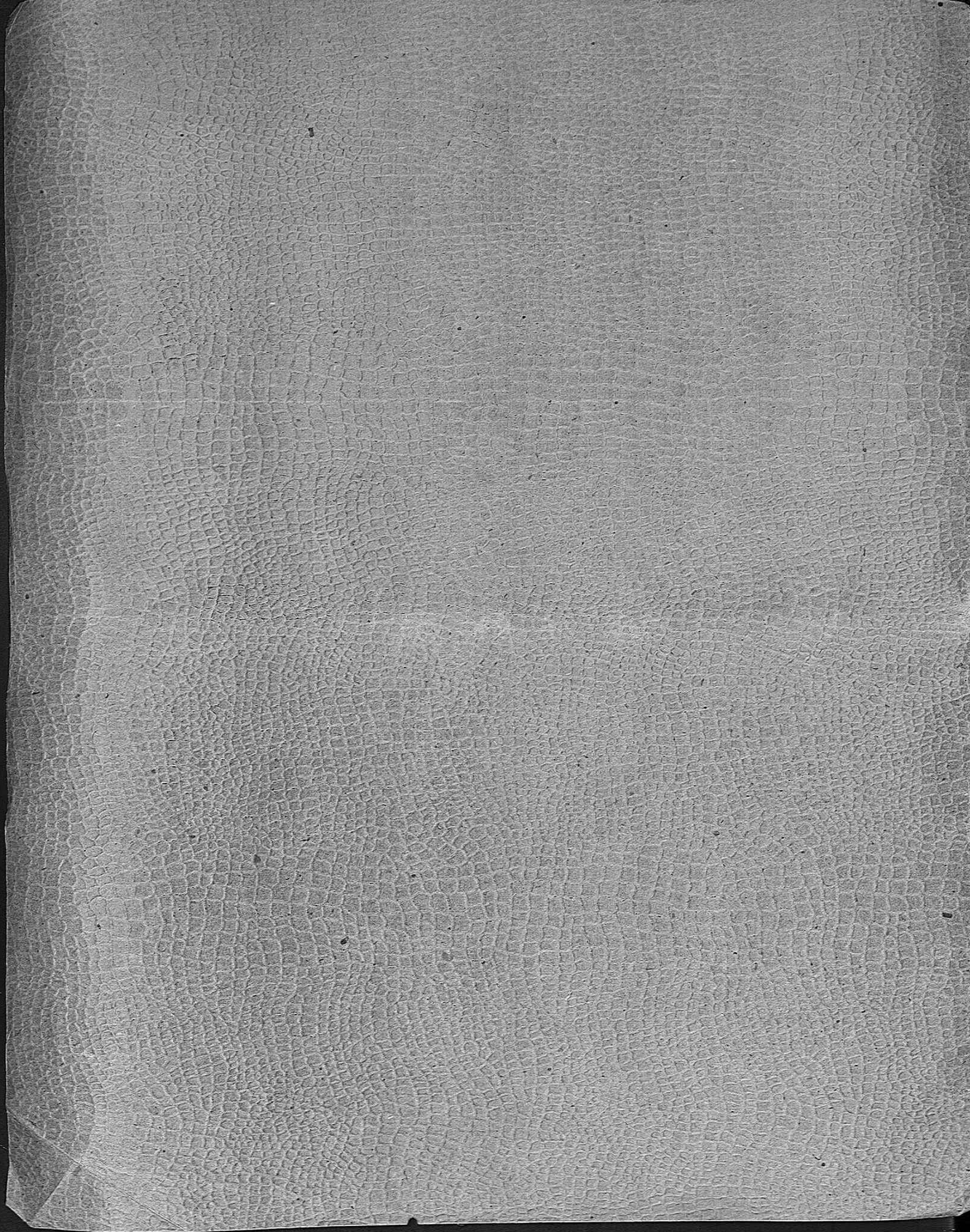


El Eco de Castilla

Número extraordinario



15 de Octubre de 1904

El Eco de Castilla

Diario de la mañana



GLORIA Y HONOR

á nuestra *Excelsa Patrona*

SANTA TERESA DE JESUS

A la por antonomasia Santa, entre los Santos hijos de esta ciudad; á la sin par Virgen Avilesa, unica Doctora Mística de la Iglesia; á la inspirada poetisa castellana; á la que es gloria de España y gloria de las letras y por lo tanto verdadera gloria universal; á aquella mujer todo espíritu, sin igual portento entre las de su siglo, y del presente y quizá de los venideros; á la que es el embeleso y encanto de todos los avileses.

EL ECO DE CASTILLA en el primer año de su publicación, al rendirla el homenaje de admiración, reconocimiento y entusiasmo, con ferviente plegaria la invoca.

¡Mira por la Iglesia!

¡Ruega por el Sumo Pontífice!

¡Enciende en el fuego de tu amor á nuestra España!

¡Brillen los destellos de tu luz en los corazones de tantos extraviados!

Y cual cortaste la cabeza del protestantismo, con tus armoniosos y seráficos cánticos de penitencia, mortificación y retiro, humilla para siempre á los implacables enemigos de tu fé.



Una enseñanza

Un ilustrado y piadoso viajero francés, admirador de Santa Teresa, encabezaba las *memorias* de su excursión por el país de la Santa del modo siguiente: «Sería difícil encontrar un alma más generalmente admirada que Santa Teresa de Jesús;» Bosuet hace notar que la Iglesia casi la coloca en el número de sus doctores; Leibnitz confiesa que aprendió en ella los principios de la más alta filosofía, y un profesor renombrado del Colegio de Francia no ha vacilado en afirmar que la Santa ha contribuido más que S. Ignacio y Felipe II á impedir el desarrollo de la reforma protestante. Por este modo la Teología, la Filosofía y la Historia, coinciden en exaltar á porfía á esta gran Española, siendo de notar que la aclamación entusiasta resulta unánime, á pesar de venir de campos tan diferentes como el Católico, el protestante y hasta el racionalista.

Por otra parte, la piedad más dulce y sólida la consagra el tributo de sus homenajes. «Nadie, dice el V. Palafox, lee los escritos de la Santa, que no busque luego á Dios; ninguno busca por sus escritos á Dios que no quede luego devoto y enamorado de la Santa.»

Confieso que de todos estos elogios es ocasionado á cavilaciones el formulado por el profesor del Colegio de Francia. ¿Será verdad que en las formidables luchas con el Protestantismo la inocente Virgen de Avila fué campeón más esforzado, obtuvo éxitos mayores y guerreó con táctica más sabia que el gran Capitán de Loyola? Descartemos cuestión tan espinosa como inútil, y, dóciles al consejo del Autor de la Imitación de Cristo, no queramos escudriñar lo que está reservado en los ocultos juicios de Dios. *Altiora te ne quæsieris.*

Por los escritos de la Santa sabemos que las heregías de la época y los grandes escándalos que levantaban en el mundo cristiano eran motivo para ella de inmensa preocupación. La aflicción que sentía de contemplar tantas ruinas y la perdición de tantas almas era tan intensa como intenso era el amor que profesaba á Jesucristo y su Iglesia. En los ardimientos de su celo por la gloria de Dios, que se palpan al leer sus escritos, descúbrese la honda pena que siente de no poder lanzarse, en su condición de ruin mujer, á todos los campos de batalla en que son atacados los Derechos de Dios y de su Iglesia. Como desde niña quiso ser mártir, quisiera ahora ser soldado en Flandes y derramar su sangre por la Fé al lado de los más valerosos; quisiera ser teólogo y confundir en pública lid á los corifeos de la heregía; quisiera

ser misionero y correr á las Américas de donde le venían nuevas de que innumerables idólatras esperaban ansiosos al mensajero de Dios, que les revelase el gran misterio escondido en Cristo; quisiera ser Apóstol para convencer á todos de la vanidad de todas las cosas de este mundo y de que solo Dios merece ser amado.

Las generosas aspiraciones de Teresa fueron sobradamente satisfechas, veamos cómo.

En la parte más secreta de su alma fabricó un castillo, mejor dicho, lo fabricó Dios; del centro de ese castillo tomó posesión el mismo Dios, Teresa se refugió en él, y en íntima y no interrumpida comunicación con su Amado pasó el resto de la vida. Desde ese momento su vida es la de Cristo, y como le ve crucificado, ella quiere serlo también; de ahí sus ansias de padecer hasta el punto de no encontrar consuelo sino en el penar y no querer vivir sino para sufrir. Las llagas de su Amado son voces que la predicán amor, aquella sangre es el precio de la salvación del mundo; por eso son de día en día más encendidos sus deseos de corresponder al Amor de Cristo y llora la ingratitud de los hombres que no reconocen el beneficio de la Redención. Ya que tan pocos amigos tiene su Amado entre los hombres, quisiera ella desagraviarle con la mayor fineza de su amor y pagar con dolores, con la propia vida, ofrecida en generoso holocausto las ofensas de los pecadores.

Mas á la vez que se ofrece víctima propiciatoria, la vida de Teresa en el castillo al lado de su Amado, es un continuo gemido suplicante que penetra los cielos, detiene el brazo vengador de Dios justiciero, y abre las puertas de su infinita misericordia. No nos es dado conocer la extensión y eficacia de las demandas suplicantes de Teresa ante el trono del Altísimo; pero sabemos dos cosas: Primera, que Dios acoge siempre la oración del justo, y segunda, que nuestra inocente Virgen, llena del espíritu de Dios y abrasada de apostólico celo no cesaba en sus clamores para obtener el triunfo de la Iglesia contra la heregía, el de los ejércitos del Rey católico contra sus numerosos enemigos.

Si desde la tierra nos fuera dado leer las páginas del libro eterno en que están escritos los méritos y deméritos de los hombres, nos asombraría ver cómo muchas veces la oración de un alma santa ha influido en el desarrollo providencial de grandes sucesos históricos; pero es esta la parte reservada de la historia. Lo que no quita para que yo tenga por cierto que Santa Teresa en-

cerrada con Dios en el castillo de su alma haya sido negociadora de aquellas luces que merecieron al gran Rey el sobrenombre de *Prudente*, y del heroico esfuerzo que necesitaron nuestros ejércitos para triunfar de tantos enemigos.

Y si en ese orden humano hay que reconocer la eficacia de la oración de esta Santa admirable ¿cómo no la hemos de reconocer en lo que se refiere á la vida íntima de la Iglesia? Y aquí nos sale al paso el nuevo Carmelo, la grande obra de Santa Teresa.

«Nos encontramos, decía el Cardenal Mannig, en una época de lucha; nosotros predicamos, escribimos, combatimos; pero no oramos ú oramos poco. Sin embargo es necesario orar, orar mucho, no cesar de orar. He aquí por qué necesitamos de Carmelitas que tengan siempre levantadas las manos al cielo como Moisés en el Monte». Bien comprendió esa necesidad Santa Teresa y por eso instituyó el nuevo Carmelo que, como vé el lector, no es otra cosa que coros de almas puras que tienen siempre levantadas las manos al cielo para contener la ira de Dios y atraer sobre la tierra el fecundante rocío de la divina gracia.

Los profanos no podrán comprender como esos humildes monasterios en que moran abstraídos del mundo una ó dos docenas de pobres Carmelitas son las inexpugnables fortalezas de la iglesia, guarnecidas por lo más escogido de su ejército. Y sin embargo es así, y desconocen un punto muy sustancial de la Religión, el valor de la oración ofrecida al Altísimo por almas puras y fervorosas, los que estiman en poco, desdeñan por inútiles á la sociedad los Asilos de almas contemplativas. Los carmelitas desde sus ermitas silenciosas, y no excluimos las otras Comunidades contemplativas, con el fervor de sus oraciones y el sacrificio de todas las seducciones de la vida y las lágrimas que vierten por los pecadores, ejecutan obra más fecunda para la edificación del cuerpo místico de la Iglesia que el predicador desde su cátedra; que el misionero en sus correrías evangélicas, que el polemista teólogo en sus campañas apolo-géticas, acaso que los propios Prelados en sus tareas pastorales. Y es que para que fructifique la obra cristiana de cualquier orden y grado ha de ir informada del espíritu de Dios, de la gracia; y es la oración la llave que abre el tesoro de las divinas gracias.

Esta es la enseñanza que nos propusimos deducir de las someras observaciones que preceden.

Avila 10 de Octubre 1904.

P. NOZALED A.

Arzobispo.



LA VIRGEN DE LA CARIDAD

Mañana Santa Teresa de Jesús, seguida del pueblo Avilés, visitará en la Catedral á la Reina y Madre de todos: á la Virgen de la Caridad.

Hace cuatro siglos dos inocentes niños, Teresa de Cepeda y su hermano Rodrigo elevaron ante esa misma imágen la siguiente plegaria:

¡Madre, ampáranos!... ¡Haz que logremos morir por Jesucristo!...

¡Te ofecemos, Señora, nuestra vida, á cambio de la salud de nuestra madre!...

Pues bien; para conmemorar aquella piadosa y singular visita, mañana, los Avileses nos postraremos ante esa misma Virgen.

Pidámosla mañana, por intercesión de nuestra seráfica paisana, que vuelva los maternales ojos á esta nación enferma y desdichada!... Pidámosla que si entra en los designios de la Providencia librárnos del huracán que brama, nos salven el amor á Dios y al prójimo, porque solamente ellos pueden enfrenar el egoismo que clama venganza al Cielo, y calmar la fiebre de cóleras y rebeliones que bulle en el fondo de la Sociedad moderna... Pidámosla que extinga esa bruma intolerable que intercepta las influencias de los Cielos, y que cuatro miserables se esfuerzan en levantar del lodo de la tierra, removiendo el cenagoso mar de las pasiones...

Contaba siete años. Teresa de Cepeda, cuando meditando sobre el martirio de Santa Eulalia de Mérida, se inflamó en ansias de verter su sangre por amor á Dios; porque ya su alma naciente comenzó á sentir sed de inmortalidad y de lo infinito, y ya su superior inteligencia, prematuramente despierta, presintió el eterno imán que había de atraerla y orientarla hácia su prometido el *Divino Redentor*.

Comunicó sus proyectos á su hermano, quien presto los abrazó, contagiado del varonil aliento de aquella precóz atleta de la Fé de Jesucristo.

La fé agrandó sus tiernos corazones y les movió á gigante empresa, pues los deseos sublimes y las esperanzas inmortales son los únicos objetos de la fé: de esa Santa Fé, patrimonio exclusivo del espíritu y de la voluntad, que son las prendas más nobles del humano ser.

¡Singular coincidencia!..... A las cinco de la mañana del 28 de Marzo de 1.515 nació la simpár Teresa, y precisamente á esa hora, en el mismo día, pero del año 1522, había de ejecutar su plan, á consecuencia de otro acontecimiento de familia.

En la madrugada del 28 de Marzo de 1.522 (1) su madre, Doña Beatriz Dávila y Ahumada, enferma de algún tiempo, se agravó tanto, que inspiró temores de un inmediato y funesto desenlace. Momentos fueron estos de ansiedad y de amargura: todo era confusión y espanto

(1) Hemos encontrado en una leyenda antigua, relacionadas estas fechas y, enlazados entre sí, los hechos objeto de nuestra narración, y así los transcribimos sin responder de su autenticidad.

en la Casa-palacio del noble Alonso Sánchez de Cepeda; en ella no se oía más que el extraño rumor que esparcen las angustias comprimidas y las lágrimas ahogadas.

Junto al tálamo de muerte hallábase el esposo; la pena desbordándole del pecho; exprimiendo en la garganta los sollozos, y asiendo, entre sus manos, la mano abrasada de la enferma. Con calladas y abundantes lágrimas regaba aquel semblante moribundo, queriendo apagar con ellas la fiebre impaciente por detener el paso de aquel corazón agonizante....

Los entrañables hijos mudos sollozaban á los pies del padre; Teresa se desmayaba al conocer la extrema gravedad de su madre; y los médicos y servidores, en actitud sombría, levantaban la mirada al Cielo, confesando que la situación era desesperada y que *sólo un milagro de Dios podía salvar la vida de la enferma.*

El milagro se consumó por mediación de esa misma Virgen, ante la cual nos postraremos el día de mañana.

Tan pronto como Teresa salió de su desmayo llamó aparte á su hermano Rodrigo, recordándole sus anhelos *de hacerse descabezar por los moros, en gloria de la fé de Jesucristo.* ¿Te parece, le dijo, que ofrezcamos nuestro martirio por la salud de madre?... ¡Es ella tan buena!... ¡Hace tanta falta, mientras que nosotros de nada servimos!... ¡Yo tengo la seguridad de que Dios nos oirá!... Y en el acto pusieron en ejecución su pensamiento, sin cuidarse de indagar en donde encontrarían esa tierra de moros que buscaban.... ¿Para qué?.... ¡La infancia no reflexiona, sino siente!... La soberana voluntad de Dios, preludiando los dulcísimos favores que tenía reservados á Teresa, cooperó, activamente, á la varonil resolución de aquellos tiernos niños.

¡Heróica resolución, brotada en el momento de comenzar la vida: cuando el niño, como capullo que se abre para mirar al sol, deja las opresiones de la cuna, y desplegando sus virginales alas, ensaya su vuelo hacia esa seductora juventud, que brinda desconocidas sensaciones!...

¡Hermosos y leales corazones, nuevos en el latir, y que, sin libar los pasajeros afectos de la vida, ya están tocados por la divina serenidad de los amores inmutables!....

¡Voluntades gigantes, que apenas se manifiestan y ya poseen el alma, pues la gobiernan y encaminan á su fin, como el hábil desbrabador guía al corcel fogoso, y lo dirige á donde quiere!....

Aprovechando la confusión que reinaba en la Casa, salieron, sin saber á donde ir; bastábales su delicado sentimiento y él los condujo al campo en dirección al puente del Adaja.

Las aves madrugadoras que gorjeaban á su paso; el vientecillo de la mañana que jugaba en sus cabellos; la aurora matutina que con placer les sonreía; y hasta el monótono murmullo de las aguas del río, al discurrir serenas por un lecho de arena, tan pura como sus almas, parecían puestos de acuerdo para inspirarles confianza.

Marchaba, pues, resuelta la incipiente Doctora de la Teología y de la Mística, y ya iluminada en la ciencia de morir por Cristo, iba infiltrando en el alma de Ro-

drigo sus ansias de martirio; y *sabes, hermano, le decía que pena y gloria es para siempre: pongamos en manos de Dios este negocio, y nos saldrá como deseamos.*

Dios otorga, en el acto, el don de la fé al que sumiso se lo pide; y es tan generoso que ya no se lo quita al que, estimándolo como el mayor tesoro, lo guarda cuidadoso en el frágil vaso del entendimiento. Pues esa bondad que para todos tiene se desbordó en su amada avilesa, hoy la heroína de siete años, mañana la *mujer fuerte*, siempre la virgen inspirada y entusiasta, que nos lleva á María en busca de la fé, repitiendo, uno y otro día, *que si los tiempos y las cosas cambian, con la sucesión de los siglos, Jesucristo y su Ley, ni se mudan ni se cambian; y que si son desgraciados los hombres y los pueblos que no buscan á Cristo, aún lo son más los que le dejan, si no vuelven á Él, porque solamente Jesús es camino de verdad y vida....*

Todos los pasos de Teresa, así como sus obras inspiradas, son un continuo llamamiento á vigorizar la sociedad cristiana, para que obtenga la sociedad humana la paz posible aquí abajo, *porque solamente Cristo es quien pide justicia y caridad á los grandes y á los ricos, y resignación y paciencia á los pequeños y á los pobres....*

¡Que hay que luchar!... También la Santa lo dice: la lucha por la vida es inevitable en la pobre condición humana!... Jesús vino á luchar: *no he venido á traer la paz, sino la espada.*

Pero si la lucha es necesaria, no lo es menos la lealtad propia de la dignidad humana.... Hay que luchar, pero con armas nobles; respetando el derecho; con la verdad y la ley por fines, no con el egoísmo brotado de la pasión y la injusticia, que tiene por lemas la mentira y el capricho; porque donde quiera que exista ese egoísmo, como existe en la sociedad actual, la guerra será perversa y de malas artes.

En el *combate*, como Job llamaba á la vida, todos tenemos interés igual en enfrenar el egoísmo humano, y conducirlo por derrotero sano, ya que sea imposible destruirle. Dentro de la febril actividad que llamamos *mundo*; aquí donde la humanidad se desenvuelve y desarrolla, claro es que ha de existir el egoísmo lícito, resultado de la primera culpa; el racional y necesario para que el hombre funde una familia, la sostenga, viva con ella, y la haga heredera de lo suyo; pero si dentro de ese egoísmo inevitable, cada cual en su estado vive con arreglo á la ley de Jesucristo, entonces la lucha será cristiana, y Dios bendecirá á las familias y á los pueblos. En la quietud de la celda solitaria ni ese egoísmo, ni esa lucha necesitan existir. Allí las almas son prisioneras del bien de los demás, pero se libran de los cuidados y anhelos del mañana, que son los iniciativos de la lucha por la vida. Allí el combate será quizás más duro, pero es más limitado: no transpasa los linderos del sí-propio. Jesucristo, fundador del cristianismo, así lo decidió: *¿Quieres ser perfecto? Vende cuanto tienes, entrega su valor á los pobres, y ven conmigo á donde yo vaya... Pero para esa perfección te exige el sacrificio de tí mismo....*

Y el religioso, al aceptar, entrega su ser: renuncia á los ensueños de la juventud y de la vida, y se apresta á servir á los demás... ¡Señor! exclama, me bastan vuestro

amor y vuestra gracia; no quiero nada más!... ¡Tomad mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad!... ¡Disponed de todo ello como queráis, y como más convenga á vuestro servicio y vuestra gloria!...

Estos mismos fueron los sentimientos de abnegación y sacrificio que, hace cuatro siglos, indujeron á los niños Teresa y Rodrigo de Cepeda á exclamar ante la Virgen de la Caridad: ¡Haz, Señora, que logremos morir por Jesucristo!...

Y movidos hondamente por tan sublimes ansias; y entregando sus nacientes libertad, memoria, entendimiento y voluntad, marcharon valerosos á poner en práctica su heroica resolución. Cuando llegaron á las últimas casas del pueblo é iban á comenzar lo que pudiera llamarse su campaña, se detuvieron ante la humilde Iglesia del Hospital de San Lázaro. (1) Entraron en ella con los pechos henchidos de esperanza, y se arrojaron en brazos de María, ante esa misma imagen, que mañana adoraremos..... María permaneció callada como lo está ahora; nada les dijo; pero en el mismo instante en que la dirigían su piadosa y singular plegaria, Doña Beatriz abría los ojos, y mirando en torno suyo, exclamaba con apacible y celestial contento: *parece que me siento curada!*....

El milagro se había realizado: la ciencia, por boca de los médicos que velaban el lecho del dolor, declaró espontáneamente que era, en verdad, extraordinariamente repentina la notable mejoría de la enferma.

Avila 13 de Octubre de 1904.

ISIDRO BENITO LAPENA

Á Santa Teresa de Jesús.

SONETO

Sembrados por gentil renacimiento
en el mundo paganos ideales
al terminar los tiempos medioevales
se emancipaba libre el pensamiento.

De una mujer el claro entendimiento
contrarrestó influencias tan fatales
siendo su fé, sus obras inmortales,
propaganda de místico ardimiento.

Esclava de sus místicos deberes
sufrió y trabajaba; unión perfecta
de Marta y de María, su memoria

Sublime ejemplo ofrece á las mujeres
y ella es de Dios la amada predilecta,
honra de España y de las ciencias gloria.

Magdalena de SANTIAGO-FUENTES.

Madrid, 1904,

Un recuerdo de Santa Teresa.

Me piden unas palabras en recuerdo de Santa Teresa: pidiéranme mi memoria, y escusada sería la escritura, pues la verían ocupada con grata frecuencia de los recuerdos de esa ciudad querida, de esa Santa, encanto de mis amores.

Me piden un recuerdo; lo envío de las Casas de Teresa: de esas Casas prodigiosas, en las que Dios fué y será siempre conocido. De esa Casa natalicia de los Ahumados; de ese Convento de la Encarnación, que recibió y esconde mi tesoro; de ese Monasterio de San José, veneranda Cuna de una generación de Santos.

¡Oh! ellas son el centro y el recuerdo del amor de Jesús hacia Teresa y de Teresa hacia Jesús. En la Casa natalicia, resuenan los llamamientos de ese amor. En la Encarnación aún se sienten las íntimas comunicaciones de ese amor. De San José brota grandiosa la mística fecundidad de ese amor.

Yo, pues, recuerdo, saludo y bendigo esas Casas: yo recuerdo, saludo y bendigo el día dichoso en que pude penetrar en esos átrios del Señor: yo recuerdo, saludo y bendigo aquel mes de Octubre, del que el presente es ya decimocuarto aniversario: aquél día en que fui constituido Obispo de Teresa, el que sin dejar de ser su ardiente devoto, es hoy

+EL OBISPO DE MÁLAGA

Málaga 9 de Octubre 1904.

Á UN MATERIALISTA, MEDIO CONVERTIDO

Nuestra carne es mui amiga de regalo
y harto peligroso pacificarse en ellos.—
C. de A. 2.—Sta. Ter.
Algo hemos de pasar, para que cu-
tienda el Señor que le tenemos deseos de
ver.—C. 62.—Sta. Ter.

Sr. D. N. N.

Mi querido amigo: No puedo ponderarte debidamente el gozo, que he sentido al leer tu apreciable carta.

Has tenido tan feliz ocurrencia en escribirme en estos días, tan cercanos á la fiesta de la Santa, como aquí se la llama, que me das hecho la mitad del trabajo, inspirándome en su admirable doctrina, para darte el consejo, que me demandas.

Me dices que, hastiado de tanta molición, sientes nostalgia de otra vida mejor: que ideas, puras y elevadas, aprisionadas antes por los sentidos, á los que nada has negado hasta la fecha, surgen en tu espíritu con fuerza soberana en las horas de hastío, de goces materiales; que á la luz de esas ideas columbras en lontananza otra vida, otro cielo, otro mundo de más suaves y dulces atractivos; pero..... ¡que ignoras el camino, por donde á él se sube!

Amigo mío: para darte el consejo, que requieres de mí con tanto ahinco, hé de pronunciar una palabra, que va á poner espanto en tu espíritu.

Porque cómo ha de sonar ella en los oídos de quien, adorador de su siglo, ha exprimido el jugo de la materia, para cebar á pasto lleno sus sentidos, y, eco de la moderna filosofía, ha maldecido de la moderación cristiana con el frenesí del sectario, ha repetido con aire de Quirite romano el *delenda est Carthago* contra Curas, Frayles, Monjas y Beatas y ha gritado contra todo lo que sea ó represente austeridad de vida, como si quisiera persuadir al mundo que es pecado abominable contra la naturaleza humana negar á los sentidos las suavidades, dulzuras, go-

(1) Cuando se destruyeron el Hospital y su Iglesia, la bella escultura de San Lázaro, quizás la más notable de Avila, y la imagen de la Virgen de la Caridad, se trasladaron á la Catedral, en donde se veneran ahora, en la Capilla de los Marqueses de la Velada.

ces y armonías, que el mundo de la materia les ofrece? ¡Locura! ¡locura! digiste muchas veces: desaparezca de la tierra hasta la sombra de penitencia, que amarga los goces de la vida, y....! pedias teas, para incendiar conventos! y, sin embargo, amigo mio, la austeridad cristiana puede devolverte la paz, cuya falta lloras, y elevaste hasta ese mundo, que ves en lontananza.

Recuerdo en este momento tus aficciones y conocimientos del arte y de ellos he de valerme, para persuadirte.

¿De dónde sacas esas Vírgenes? preguntaron un día al Pintor de Urbino. De una idea, contestó el famosísimo Rafael (1) Pero la idea no puede expresarse por medio del arte, sino es recibida en la materia, y la materia, no se nos ofrece, como objeto artístico, si antes las manos no la pulen, modifican y configuran siguiendo las líneas y contornos de la idea.

Por eso se ha dicho que el artista crea con el espíritu y con las manos.

¡Las manos! He ahí la austeridad cristiana. Imágen de Dios, has vivido hasta hoy entre oleadas de cieno y la belleza de esa imágen está amortiguada por los vapores, que humean las orgías de tu vida de epicuro.

Pero la vida busca la vida, la luz busca la luz y por eso he saltado de gozo al leer tu carta, porque al ver que «sugieren en tu espíritu angustiadas ideas puras y elevadas, que estaban antes aprisionadas por los sentidos, á la luz de las cuales columbras en lontananza otra vida, otro mundo, otro cielo de más suaves y dulces atractivos» he pensado que el día de tu redención se acerca.

En esa obra de arte y de arte admirable, como que es divina, que eres tú, hay idea. La imagen de Dios vuelve á brillar, ¿Qué hace falta, para que brille con toda la plenitud de su esplendor? Manos.

Crémé, amigo mio. Doma el cuerpo, fustiga los sentidos con la austeridad cristiana, y esas ideas, que empiezan á enamorarte, surgirán con soberano brío, que, enseñoreando tu espíritu, levantarán hasta ese cielo risueño y sereno, que hoy columbras, y te atrae con los encantos de su belleza.

En la lucha, diaria y despiadada entre el cuerpo y el alma, el espíritu se achica y abate y pierde la sutilidad y ligereza, cuando obedece á los instintos de la carne, porque, ajustándose al molde de ella, se torna de su condición y cualidades, y su paso es tardo, y su anchura breve, y su mirada corta, y su pesadez grande, y la acción de sus energías limitadas al punto de la tierra, donde se posa el pie y al horizonte sensible, donde se mueve el ojo; pero, si se hace intervenir al dolor en la lucha, luego, al punto, el espíritu, consumidas en el fuego del sufrimiento las impurezas del apetito rebelde, recobra su libertad y señorío, los elementos discordes se encajan y ordenan, las energías se enfilan, la carne se somete á la voluntad, la voluntad rinde parias á la razón, la razón, explayándose por las regiones del deber, se echa en brazos de Dios, y el espíritu en brazos de Dios se agranda, se dilata, traspone en raudó vuelo las fronteras del tiempo y se desborda por los horizontes de la eternidad, enardecido por el deseo de lo grande y atraído por los sublimes encantos del ideal, que se le viene á los ojos, puro y sencillo, no empañado por nubes ni celages.

Esta doctrina, que es ley del crecimiento y desarrollo del espíritu, sobre todo del espíritu cristiano, es una condenación eloquente de aquellos, que, no sabiendo sentir el dolor, han perdido el sentido de la grandeza moral y se desatan en invectivas contra las penitencias y austeridades cristianas.

Estabas equivocado, amigo mio. Nunca hubo hombre grande en la guerra, ni pensamiento viril en la ciencia, ni sentimiento sublime en el arte, ni arranque de inspiración en las letras, ni acto heróico en la virtud, sino es por el sacrificio, que es el dolor voluntariamente aceptado y es, porque no hay grandeza, sino se siente vivamente el ideal y el ideal no se siente con viveza, sino es entre suspiros de dolor y fuertes convulsiones y estremecimientos de la carne.

Muchas veces has llorado conmigo la abnegación de nuestra raza y el vilipendio de nuestro pueblo. Desatinado y loco buscabas en tu propia desgracia la vanidad de tu filosofía.

(1) Io mi servo di certa idea, che uní viene alla mente.

Si quieres buscar la causa, por qué en esta edad se vá perdiendo el sentido de lo verdaderamente grande, el sentido de la grandeza moral, y por qué desaparecen del horizonte de los pueblos las ideas de paz, de justicia, de derecho y de tantas otras, que constituyen la vida íntima de las sociedades y las dan firme estabilidad y contextura orgánica, siendo ellos, pese á la turba de modernos reformadores y á los críticos, que confrontan civilizaciones de aquende y allende los mares, más novelistas que historiadores, más eruditos que filósofos, el caracter más saliente y la nota más decisiva de la civilización verdadera, y porqué, en fin, se van aplicando á las sociedades las leyes mecánicas de la materia bruta, en que no la razón sino la fuerza es ley, en que los poderosos son libertinos y los débiles esclavos... la encontrarás seguramente, en la vida muelle, en la preponderancia, que raya en exclusivismo, de las ciencias de los sentidos y en el desprecio de la idea, sobre todo si esa idea es reflejo del pensamiento cristiano.

No vuelvas á reírte de las austeridades cristianas. Apaga las teas, que tenías encendidas, para incendiar conventos, y puesto que descas ser grande, virtuoso y feliz, medita una y otra vez el consejo, que te dá tu verdadero amigo.

EL PENITENCIARIO DE AVILA

Avila á 15 de Octubre de 1904.



A Santa Teresa de Jesús.

PLEGARIA

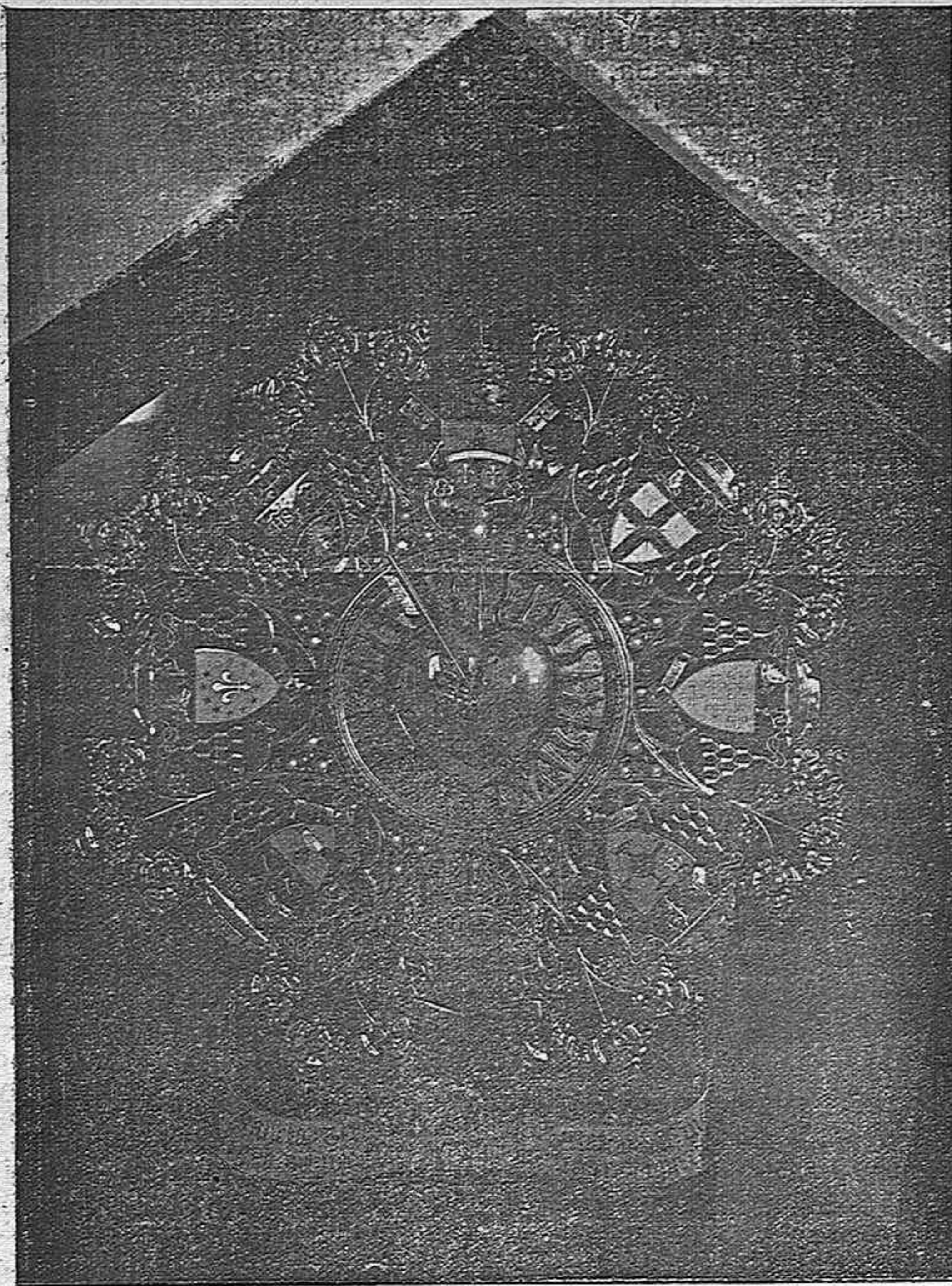
¡Oh virgen regalada
de la Bondad suprema,
cuyo sagrado lema
fué amar y padecer,
De ese fuego que abrasa
tu corazón amante
la luz vivificante
derrama por doquier.

Los genios del Averno
juraron cruda guerra
al que rige en la tierra
la nave del Señor,
Sobre su frente augusta
brille tu excelsa gloria,
y tórnese en victoria
el ay de su dolor.

¡Que reine ¡oh gran Teresa!
la Iglesia vencedora!
Que suene ya su hora,
y viva en libertad!
Y el mundo renovado
al Papa-Rey aclame,
y todo pecho inflame
la santa caridad!

V. A.





EX-VOTO DE LAS DAMAS DE BÉLGICA A SANTA TERESA DE JESÚS

„SOLO DIOS BASTA“

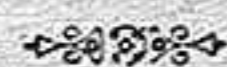
Cuando todo en la Sociedad respira el más grosero materialismo; cuando el hombre engreído é infatuado con sus adelantos, con sus grandezas y con sus científicas vanidades, no tiene otras miras que las terrenas, ni más aspiración que la de los goces materiales, cual si no tuviera destinos más altos sobre la tierra y creyendo en la soberbia de su razón bastarse á sí mismo, se proclama independiente y soberano, negando á Dios los sagrados é imprescriptibles derechos, que sobre el hombre tiene; en estos desdichadísimos tiempos, en que aun muchos, que se apellidan cristianos, viven en el olvido más absoluto y despreciativo de su Dios y Señor; viene á la memoria como la más contundente refutación de tan groseros errores y como el reproche más acre de la conducta de tantos malos cristianos, aquel grito sublime del alma profundamente humilde y enamorada de la Virgen Avilesa, Teresa de Jesús, que sintetiza por

modo admirable toda la ciencia de la vida espiritual y que forma el compendio más hermoso de la humildad cristiana, basada en el conocimiento de Dios y en el propio conocimiento, y que es *«Solo Dios basta.»*

No, no se basta á sí mismo el hombre por grande, por sabio, por libre y por muy feliz, que en su orgullo se considere; porque el hombre sin Dios es desgraciado aunque se crea feliz, es esclavo por más que se proclame libre, es ignorante en medio de su vana sabiduría, es muy pequeño con toda su humana grandeza. Y es, que el hombre que no tiene á Dios, carece de todo, no tiene nada, y por el contrario el que á Dios posee, lo tiene todo y nada le falta; porque, como dice la seráfica doctora.... *«Solo Dios basta.»*

+ JOSÉ OBISPO DE SEGOVIA

1 de Octubre de 1904.



A la Seráfica Reformadora del Carmelo.

Espíritu de luz, en los raudales
bebieras do el Amor tiene su asiento;
y mudo, enajenado el firmamento
escuchó tus acordes inmortales.

Extasiados los coros celestiales
la pureza aspiraron de tu aliento,
y absortos en sublime arrobamiento
te vistieron sus místicos cendales.

Cuanto de grande encierra el vasto cielo
y la virtud de puro y deleitoso
henchir no puede tu ferviente anhelo...

Sólo halla en Dios tu corazón reposo...
¡y herida del Amor, tiendes el vuelo
al seno de Jesús, tu dulce esposo!

FR. EVARISTO F. ARIAS.



TRES MUJERES

Si todos los años al acercarse la fiesta de Santa Teresa, no podemos menos de admirar la virtud de la doctrina católica, que supo sublimar á la mujer, levantándola del estado de abyección en el que la tenía sumida el paganismo, al de gloria y resplandor en el que contemplamos hoy á la reformadora del Carmelo, de un modo especial, debemos reconocer esa fuerza del cristianismo en este año, en el que á más de celebrarse, como en todos, las fiestas teresianas, celebramos también la memoria, de otras dos mujeres insignes, gloria una de España y orgullo otra y encanto de todo el universo. Este año es el Centenario de Isabel la Católica, y el quincuagésimo de la definición dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción.

La fiesta, pues, de Teresa de Jesús, que fué verdadero realce de su sexo, no puede menos de eslabonarse este año con el recuerdo de otras dos mujeres, de María Inmaculada y de Isabel la Católica. María, Teresa é Isa-

bel, he aquí los nombres de tres mujeres, verdaderas heroínas, que por una parte prueban el valor del Evangelio, y por otra son tres modelos que deben imitar las mujeres de todos los tiempos, si quieren conseguir el verdadero fin, para el que Dios formó á la mujer del costado del hombre. Es verdad, que en estas tres mujeres hay gradación. María aventaja á Teresa mucho más que el sol á los planetas, y Teresa deja muy atrás á la Reina Isabel, pero María, Teresa é Isabel, no hay duda, cada cual en su respectivo lugar, forman celestial constelación, que hermosea el firmamento de la Iglesia, y alumbran á la mujer en la noche de las tristezas y flaquezas de su débil sexo. ¿Qué era la mujer en el Paganismo? Lo que es aún en aquellas regiones que no han sido todavía alumbradas con la luz de la fé católica.

La mujer es débil, y allí donde no reina Jesucristo, no existe más fuerza que la bruta que tenemos, no en cuanto que somos racionales, sino en cuanto que participamos de la materia de los animales. Ni como hija, ni como esposa, ni aun siquiera como madre, tenía la mujer derecho alguno conocido.

Como hija estaba sujeta al capricho del padre déspota que podía venderla, matarla y hasta condenarla á la pública prostitución; como esposa era una esclava, un mero instrumento que, cuando no servía, ó no gustaba, se podía arrojar al fuego del repudio y aun á la misma muerte; y como madre era todavía más triste su suerte, pues, estaba condenada á ver morir á sus hijos en sus mismos brazos, si así era la voluntad de la fiera que se llamaba Amo y Señor de la casa. Triste condición la de la madre en el Paganismo, que al dar á luz á su hijo, se veía en la precisión, antes de abrazarlo y estrecharlo contra su seno, de presentarlo al padre, para que este decidiera, y si hacía un signo de agrado poder decir la madre; por *ahora* vivirá mi hijo; y si volvía iracundo el ceño, tener la misma madre que ahogar entre sus brazos al fruto de sus entrañas.

Y para que los sentimientos del pueblo nunca se pudieran alzar contra tanta barbarie, los llamados filósofos, se encargaron de cubrir el cuadro que representa la ternura, encantos y debilidad de la mujer con los tupidos velos de sus erróneas cuanto ridículas teorías.

La mujer según aquellos sabios, era digna de todo desprecio; unos decían que no tenía alma, otros que era la creación del Dios del mal, y que procedía de este principio juntamente con las tinieblas, el error, la enfermedad y el pecado. Así adoctrinaban al pueblo aquellos desgraciados. Y no se crea que estos absurdos eran patrimonio de los que por sus costumbres depravadas y rastreras se pueden llamar la hez y escoria del Paganismo; no, el desprecio á la mujer lo conocían y practicaban aún aquellos mismos que parece haber conservado algún resto de dignidad en medio de tanto rebajamiento; sean en efecto, testigos de esta verdad, Pompeyo y Augusto, y sobre todo Cicerón, el escritor del libro «de Officiis», (de los Deberes) que no dudó en repudiar ignominiosamente y sin motivo, á su esposa Terencia, de quien tantos y tan singulares beneficios había recibido, y que había apelado hasta al heroísmo por salvarle de miles de peligros.

Esta era la mujer en el Paganismo. ¿Cómo fué rescatada la mujer de tanta ignominia por el Evangelio? Miremos á Isabel, á Teresa y á María. Débil mujer era Isabel, y sin embargo á ella acuden los Magnates de Castilla, guiados por el Arzobispo de Toledo, y en sus sienes colocan la corona de Castilla, y deseando salir de los horrores que hacían exclamar: «No hay más Castilla; sino más guerras habría», proclaman y reconocen por Reina á la joven educanda del convento de Santa Ana de Avila. ¿Pero no decían los antiguos que la mujer no tenía alma, y carecía de discurso? Por fortuna para España, el Evangelio arraigado ya en en nuestro suelo había arran-

cado este error de la mente de los españoles; Isabel, mujer de verdadera alma, toma las riendas del gobierno, devuelve la paz, une en su matrimonio con Fernando á Castilla con Aragón, termina la reconquista de la Península, engarza en nuestra corona la perla del Nuevo Mundo, nos da sapientísimas leyes, da principio á nuestra *era de oro*, y muere señalando con el dedo al Africa, como al derrotero que hemos de seguir en nuestro engrandecimiento.

Débil mujer era Teresa, y un día se vé á sabios, á santos y á prelados aprobar la idea que ella concibe de reformar el Carmelo. ¡Reformar el Carmelo! ¿pues no es la mujer producto del pecado según los antiguos? ¡el efecto del pecado ha de ser causa de virtud nueva y acrisolada! El cristianismo ha disipado esta creencia y predicado que la mujer como el hombre proceden de Dios, del único Dios que existe y que es la Suma Bondad. Teresa, mujer de verdadero temple y virtud consigue lo que en vano habían intentado Pontífices y Generales, funda conventos de monjas y de religiosos, establece en ellos la verdadera observancia, hace producir al Carmelo frutos sazonados de santidad, vence á la reforma protestante, llena el mundo con los perfumes de sus virtudes, y nos deja marcado el camino que conduce al cielo en sus escritos, verdadera vía lactea del firmamento de la Iglesia.

Débil mujer era María y á Ella desciende un día el Arcángel embajador de la Santísima Trinidad, y pide su apoyo para restaurar á todo el género humano. ¿Pues qué, no es la mujer, según los antiguos, el entorpecimiento para toda grande empresa? No lo entiende así Dios, y por eso á esta mujer la llena de gracias en su concepción, y Ella consigue quebrantar la cabeza de aquella serpiente que había trastornado el mundo, y Ella devuelve al cielo la alegría, y concibe en su vientre al Eterno, y es exaltada á lo más alto del Paraíso, y es coronada por Reina de todo lo creado, y de tal manera beatificada, honrada y engrandecida que todo lo bueno nos venga por Ella, y los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres caigan de rodillas á sus plantas, aplaudiendo sus triunfos, celebrando sus grandezas y llamándola dichosa, feliz y bienaventurada. La mujer tiene alma, puede ser virtuosa, puede ser grande y celestial. El Cristianismo lo ha demostrado presentando ante nuestros ojos las figuras de Isabel, de Teresa y de María Inmaculada. Y al mismo tiempo el Cristianismo ha trazado la línea que ha de seguir necesariamente la mujer si ha de llegar á su engrandecimiento.

Hoy corrientes extrañas al cristianismo han pretendido, y lo que es más doloroso, han conseguido aún entre personas que se llaman católicas, introducir la idea, de que la mujer para ser grande debe salir de la esfera de mujer y actuar en la que es propia del hombre. Por eso hoy se quiere que la mujer sea literata, sabia y hasta política. Se quiere que la mujer salga del hogar, acuda á juntas literarias, disertar sobre las orientaciones de la Patria y pase el día leyendo periódicos y novelas. No es este el camino que ha de recorrer la mujer para llegar á la perfección con la que la brinda el Cristianismo. Nunca debe abandonar la mujer las exigencias de su sexo; buena madre, buena esposa ó buena monja la quiere Dios; si alguna vez su talento y condiciones se imponen, sea solo por obra de una providencia particular y nunca olvidando lo que constituye su verdadera misión en la tierra.

Todo esto lo vemos en las tres mujeres que estamos contemplando, con la particularidad de que la gradación de las tres en grandeza, se vé que está en razón directa de su humildad de mujer. La Reina Católica brilla en el trono y en la política, pero obligada por razón de su nacimiento y sin olvidar coser los vestidos de su esposo. La Refarmadora del Carmelo que precede á

Isabel en esplendor, vive aún más humilde en el retiro de su convento, y si sale á la palestra de fundadora y escritora, es sin género de pretensiones, y forzada por los preceptos divinos. La Virgen Inmaculada que eclipsa á Teresa y á todos los Santos, es aún más humilde, ni es política, ni escritora ni fundadora; vive escondida en Nazaret y solo es conocida por el nombre de la mujer de un carpintero.

Que lo entiendan bien los que quieran sublimar á la mujer. Esta no ha nacido para brillar en la ciencia ni en la vida agitada de la sociedad, sino en el santuario del hogar ó en el retiro del convento. Si alguna vez el genio de la mujer se impone que sea sin ella pretenderlo; que no se engrandece á la mujer haciéndola sabia literata y política, sino dándole reglas para manejar bien el Rosario y el dedal.

Así lo enseñan María, Teresa é Isabel.

FR. ESTANISLAO DE LA VIRGEN DEL CARMEN
Carmelita Descalzo.



BREVES ANOTACIONES

SOBRE LA DEDICATORIA DE UNA EDICIÓN DE OBRAS

DE
Tomás Luis de Victoria.

Excepcional interés ofrecen al biógrafo y al bibliógrafo una de las dos ediciones que nuestro insigne abulense publicó, dedicada una de ellas á Felipe II, el año 1583, en Roma *apud Alexandrum Gardanum*, edición lujosamente espléndida, dicho sea de paso, un verdadero monumento tipográfico.

He aquí la Dedicatoria en cuestión (en latín el original):

«A Felipe II, Católico Rey de las Españas.»

—«Desde la época en que partido de España para Italia llegué á Roma, á más de otros nobles estudios á que me he dedicado durante algún tiempo, empleé mucho trabajo y cuidado en el arte de la Música. Y ya desde su principio me propuse no fijarme en el solo deleite de oídos y de ánimo, contentándome con este conocimiento, (1) sino mirando más allá, el aprovechar, en cuanto me fuere dado, á los presentes y á los venideros. Como quiera, pues, que hubiese trabajado mucho en este estudio, al cual mi mismo natural me lleva por cierto secreto instinto é impulso: á fin de que los frutos de mi ingenio alcanzasen mayor difusión, emprendí el poner en música («textualmente, adornar con modulaciones ó cantos») principalmente aquella parte que á cada paso se celebra en la Iglesia Católica. Pues ¿á qué cosa debe más servir la Música que á las sagradas alabanzas de aquel Dios inmortal de quien procede el número y la medida («ritmo y compás, *numerus et mensura*») y cuyas obras todas están dispuestas tan admirable y suavemente que lleven delante de sí y ostenten una cierta armonía y cántico admirables? Por lo cual se ha de juzgar que erraron muy gravemente, y por tanto han de ser censurados sin nin-

guna compasión, los que á un arte por otra parte muy honesto y escogitado para aliviar los pesares y recrear el ánimo con un placer que resulta casi indispensable, lo convierten á cantar amores torpes y otros indignos asuntos. Por cuyo motivo, á fin de no abusar del beneficio de Dios Óptimo Máximo, de quien proceden todos los bienes, empleé en las cosas sagradas todo el esfuerzo y recursos de mi ingenio. Y en este género de Música cuanto haya yo sobresalido lo dejo al juicio de los otros. Ciertamente por el dictámen y testimonio de los inteligentes y peritos me parece á mí haber obtenido tal resultado, que jamás deba arrepentirme de mi esfuerzo y trabajo. Y habiendo antes de ahora compuesto y hecho imprimir muchas obras (1) que oí haber sido recibidas con aplauso, quise, para poner ya término, cansado como estoy, á mi tarea de compositor, y acabados al fin mis trabajos, tomarme un honrado descanso, y consagrar mi ánimo á la divina contemplación, como corresponde á un sacerdote; quise, digo, añadir este último parto de mi ingenio, el cual graves causas me movieron á dedicarlo con gran preferencia á Tu Majestad, no solo en el momento de darlo á luz, sino también cuando lo concebí en mi ánimo y pensamiento. Pues llegada la hora de volver á la patria, después de larga ausencia, y debiendo por obligación comparecer ante la real presencia, no debía venir con las manos vacías, sino traer alguna ofrenda («regalo, *munus*») que á la vez fuese conforme á mi profesión y estado y á Tu Majestad muy agradable. Y ningún asunto mayor ni más importante puede proporcionarse á un músico para ser puesto en canto y Música («textualmente», para ser coreado y modulado»), que el Misterio y Sacrificio Sacrosantos.

«Con éste (2) me plugo terminar mis trabajos (3). Esta obra (4), compuesta por un español, ¿á quién con mayor justicia se debía sino al Rey de las Españas, católico, piadoso y amante de Dios? En verdad que pienso y confieso que tan gran Príncipe es muy digno de dones mucho más valiosos; pero es propio de la Real clemencia hacia los inferiores y pequeños mirar al ánimo y no al don. En verdad, esta mi ofrenda creo que no será indigna de la Real Capilla («coro real de cantores, *regio cantorum choro*), principalmente hallándose honrada con tu nombre y tu protección. Solo falta que tu Magestad la reciba con aquella benignidad con que se atrae á todos los hombres, y á mí, respetuosísimo para su autoridad y para su nombre muy augusto, me conceda su Real benevolencia para quien, mientras viva, según es mi deber y lo piden los tiempos para un cristiano; rogaré á Dios Omnipotente que todo le sea feliz y próspero—Viva y reine muchísimos años».

FELIPE PEDRELL.

Madrid 11 Octubre de 1904.

(1) Cuando esto escribía llevaba publicadas siete ediciones de obras originales, reestampadas algunas por varios editores extranjeros.

(2) Literalmente, en este (*in hoc meos labores placuit terminare*), que así puede referirse al Santo Sacrificio, tomado en asunto de las composiciones contenidas en esta edición, como al parto postrero de mi ingenio. Creo, sin embargo, que tiene esta última significación.

(3) Tal mostró ser su ánimo: pero posteriormente y por fortuna, ya de vuelta á España, compuso otras.

(4) En latín *hoc*, este, con lo cual queda confirmada la anterior observación.

(1) ¿Será esto todo lo contrario de lo que llaman hoy cultivar el arte por el arte?

A SANTA TERESA DE JESUS

UNIÓN MÍSTICA DEL ALMA CON DIOS

Oda escrita comentando los versos de la Santa:

«Aquesta divina unión
del amor en que yo vivo
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón,
mas causa en mi tal pasión
ver á Dios mi prisionero
que muero porque no muero.»

!Cuando será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo!
FR. LUIS DE LEÓN.

Rasga audaz, alma mía,
de la mortalidad el denso velo,
y en brazos de la fé tus alas guía
á la región del paternal consuelo,
á la feliz morada
do está tu dicha y tu verdad colmada.

Allí donde Dios mora,
dó los ángeles viven, do se asienta
la Reina del Empíreo encantadora,
y en eternas ráfagas se ostenta
la esplendorosa lumbré
que irradió del Tabor la excelsa cumbre.

Allí donde no llegan
los murmullos del mundo atronadores;
dó los castos espíritus navegan
en insondable piélago de amores
al soplo de la brisa
que brota del Eterno en la sonrisa.

Allí donde triunfante
de gloria coronada y de hermosura,
en trono de virtudes rutilante,
á su Amado estrechando con ternura
se ostenta soberana
la Mística Doctora castellana.

Allí vuela mi canto;
de allí quiero arrancar mis armonías;
que aqueste erial del mundo mana llanto;
y me aserda el rumor de sus orgías:
yo anhele ¡oh gran Doctora!
tu inspiración seguir arrobadora;

Aquellos inmortales
acentos de tu lira melodiosa
que escucharon los coros celestiales
cuando Jesús te dijo: «Eres mi esposa!
tú celarás mi gloria,
y unido irá tu nombre á mi memoria».

Y unido fué. La fama
tus hechos celebrando placentera;
en sus himnos de triunfo te proclama
la celeste inspirada mensajera,
que al Redentor unida
perfumó los desiertos de la vida.

Amor fué tu gran lema;
amor que llora, que se goza, ó canta;
amor que sacia tu ambición suprema;
j amor sublime que al abismo espanta!
j amor que torna en cielo
esta mansión de llanto y desconsuelo!

De ese amor la dulzura
concédeme gozar, virgen sagrada;
yo ansío contemplar esa hermosura
nunca por ojo humano profanada,
y habitar las mansiones
donde guarda el Amor sus castos dones.

Yo caminar anhele
por la senda difícil y escabrosa
que conduce á la cumbre del Carmelo;
y ver la noche oscura misteriosa
donde perenne brilla
la gloria del Cordero sin mancilla.

Luz inmortal, divina,
que, trascendiendo la adquirida ciencia,
los senos del espíritu ilumina
y al Hacedor retrata en la conciencia;
luz bella, que convierte
en dulce vida hasta la misma muerte.

El alma desprendida
de los impuros lazos de la tierra
su propio ser y su existencia olvida,
y allá en el seno de su Dios se encierra;
que el mundo es torpe lo lo,
y en la unión con Jesús lo encuentra todo.

¡Todo!... Virtud, belleza,
verdad, amor, encantos y alegría;
que allí se halla en su centro la grandeza,
y luce la inmortal sabiduría,
que disfrutar es dado
al alma en el regazo de su Amado.

¡Oh! calle la orgullosa
inspiración del hombre ante la ciencia
sublime, inmaculada, esplendorosa,
que bebe de la Suma inteligencia
el alma bendecida
en tierno amor con Jesucristo unida.

Allí todo lo puede;
allí cuanto anheirara vé cumplido:
la realidad á la esperanza excede;
y en tan grande ventura embebecido
el ánimo se inflama,
y hasta en el cuerpo su esplendor derrama.

Allí bebe en la fuente
de aquellos limpios rios sonoros
que acaricia y regala eternamente
el silbo de los aires amorosos,
y la suave armonía
que al espíritu arroba y extasía.

Allí dichosa admira
aquellos prados de eternal verdura
en cuyas flores el Amor se mira,
y espléndido derrama en su hermosura;
y goza triunfadora
la cena que recrea y enamora,

La llama de amor viva
que alma hiriera en el profunda centro
con horror tanto su vivir esquiva.
que condolidada de tan dulce encuentro,
suplícale á su Amado
corone ya penar tan prolongado.

«La vida que yo vivo
exclama en su dolor, es carga fiera;
que no puedo sufrir ver mi cautivo
á Dios en esta cárcel lastimera.
¡Ven muerte! que te espero;
muero amándote oh Dios, porque no muero».

Así tierna dijiste,
¡oh cisne de los cielos inspirado!
y Otenís escuchó tu ruego triste
como un eco apacible, regalado,
de aquellas melodías
que entonan las celestes jerarquías.

Y del Amor lligada,
rotas ya de la carne las prisiones,
paloma de tu nido desterrada,
volaste del Empíreo á las regiones,
dó en perdurable lazo
descansas de tú Dios en el regazo,
De ese amor los raudales
derrama, oh gran Teresa, sobre el mundo;
embriague el corazón de los mortales
aquel de dicha manantial fecundo
en cuya linfa pura
habló tu alma la eternal ventura.

¡Jesús todo lo llene!
¡Jesús sea estandarte de victoria!
¡El nombre de Jesús doquier resuene;
¡Jesús nos dé la paz, nos dé la gloria!
¡Y no haya ser que aliente
que no prosterne ante Jesús la frente!!

Manila y Octubre del 1882 (1)

FR. EVARISTO F. ARIAS
O. P.

DOS BELLÍSIMOS SERAFINES

Sublime, y sobre toda ponderación admirable, en encuentro toda la vida de Santa Teresa de Jesús. Su fisonomía es propia, no se la puede confundir con ninguno de los Santos; como mujer es un carácter; como escritora es un genio y como Santa es todo un prodigio, un Ser enteramente sobrenatural, un verdadero Serafín; el Serafín del Carmelo, solo comparable con aquel otro Serafín de la Umbría que lleva el nombre de S. Francisco de Asís.

La ciencia novísima proclamando la autonomía de la humana razón, no admite las transformaciones divinas, niega todo el orden sobrenatural: *Soj el espíritu que niega siempre*, decía Satanás por medio de Goethe, y ese espíritu informa y compenetra los modernos sistemas que niegan lo que no depende del reino de la materia, é invocan y defienden el *naturalismo*, que quiere decir exclusión sistemática de la vida humana, de toda ley, de toda causa, de toda realidad superior al *cosmos* visible. El hombre se pronuncia Rey absoluto del mundo material y grita con entusiasmo: esto solo me basta, con esto todo lo puedo ¡adelante! ¡adelante!... Si consigo sujetar á mi genio las fuerzas todas de la materia, si descubro las energías de la naturaleza, mi gloria será completa, mi perfección acabada, mis aspiraciones quedarán satisfechas.

De aquí los esfuerzos hercúleos por negar lo que á otro orden de cosas pertenece, el grande horror con que se mira todo lo sobrenatural. ¿Que importan todas las negaciones del mal espíritu? lo sobrenatural se impone, existe á pesar de todos los esfuerzos de impío naturalismo, y la vida de Santa Teresa de Jesús, es una comprobación palmaria de su existencia. Me ocurre preguntar: ¿que es ó en que consiste lo sobrenatural? San Pedro Apóstol, el Maestro más autorizado de Teología despues de Jesucristo, define lo sobrenatural y lo hace consistir en aquel conjunto maravilloso de gracias, de dones y de bienes que levantan á la criatura sobre si misma y la hacen consorte de la divina naturaleza. En la doctrina católica se atribuye al orden sobrenatu-

ral todo ser, forma, ley, fuerza ó acción que excede la realidad y la potencia de la naturaleza creada, todas las operaciones de la gracia y de los sacramentos, por las que el hombre conversa familiarmente con Dios; las revelaciones que constituyen el sagrado depósito de la fé, las profecías y los milagros que las confirman; los éxtasis, los arrobamientos que suspenden la gravedad de la materia y finalmente la gloria eterna de la visión beatífica que casi nos transforma en Dios mismo, haciéndonos á El semejantes, *similes ei erimus*.

Esta vida de Dios se revela totalmente en Teresa de Jesús; la misma Santa en aquel libro de oro que escribió por obediencia y es la más hermosa *autobiografía*, hablando de los 27 años últimos de su vida, dice: «Estos últimos 27 años fueron la vida de Dios en mí.» Una série no interrumpida de portentos, de raptos, de éxtasis, de profecías, de milagros y de hechos no solo extraordinarios, sino también inauditos en la historia de los carismas celestiales, fueron la vida de nuestra Santa ¡Qué hermoso es el himno de gratitud, de reconocimiento que por la transformación sufrida brota en su alma seráfica! Dios, exclama, solo Dios, mi Esposo celestial ha cambiado enteramente mi corazón; fué un instante, sí, un solo instante, pero bastó á aquel que es Omnipotente para obrar en mí, lo que tantos años y con tan grandes trabajos yo no había podido conseguir. ¡Bendito sea Dios! «Obra fué esto de quien todo lo puede y es Soberano Señor de todas las cosas.»

Visiones intelectuales, casi continuas, hacían sentir á Teresa la presencia, los suspiros y las palpitations de Jesús, que revelaba á su inteligencia verdades sublimísimas como las que dejó escritas en sus *Moradas* y en el *Camino de perfección*. Visiones tambien imaginarias, por las que veía como si fuera con los ojos del cuerpo, la Humanidad Santísima de Jesucristo, el candor celestial de sus manos, la belleza divina de sus ojos, la hermosura de su frente y de toda su persona, la armonía y suavidad de su voz que se dejaba oír sensiblemente y hacía á nuestra Santa vivir en una región sublime de luz, de consuelos y dulzuras que no es dado á ninguna pluma referir.

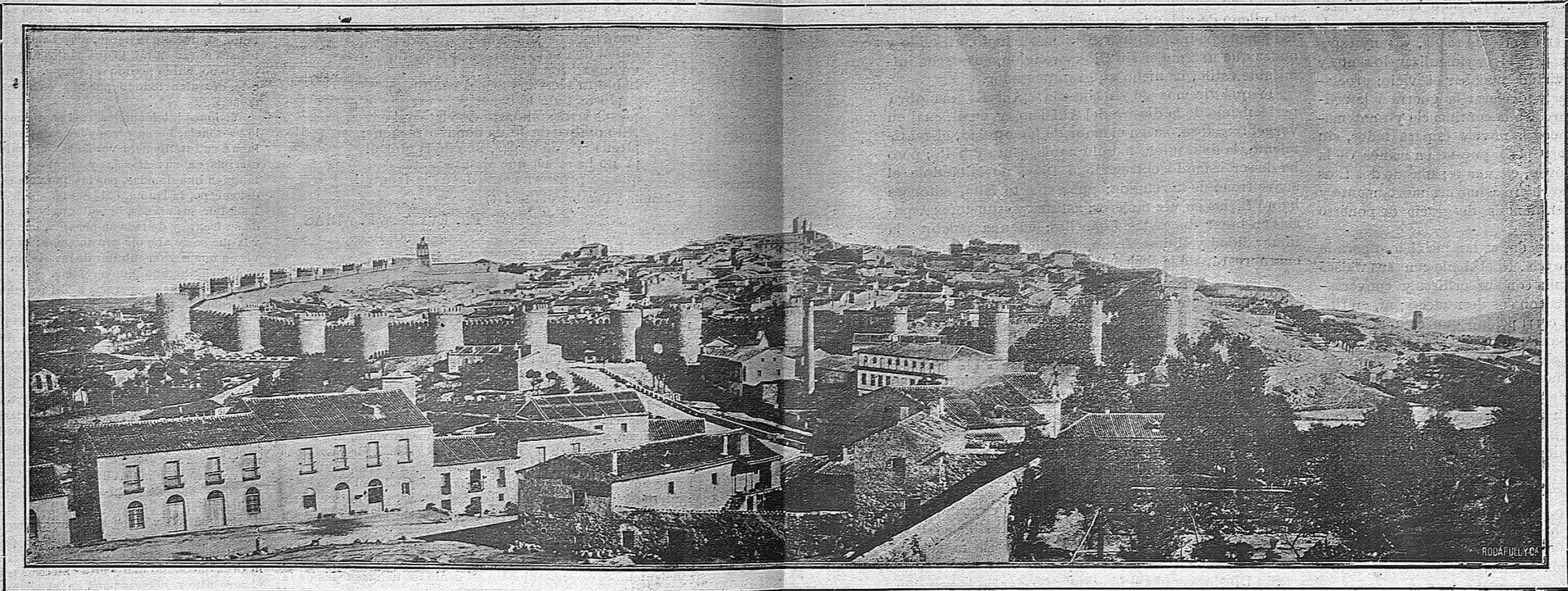
Cristo Jesús se aparecía á Teresa unas veces lleno de majestad, como Dios, otras cariñoso y familiar, como un amigo; le veía en el coro y en la celda, cuando andaba por los corredores y por los claustros del monasterio. «Teresa, no quiero que hables más con los hombres, habla solo conmigo y con los ángeles» le dijo el Señor la primera vez que la arrobó en éxtasis. ¿Cómo decir sus coloquios interiores con la eterna Sabiduría? ¿y los profundos misterios que se la revelaron? ¿y los acontecimientos futuros que llegó á predecir? ¿como contar sus éxtasis frecuentes, sus arrobamientos sublimes? ¡Oh! ¿Cuántas veces se la vió volar por los aires perdiendo el cuerpo su gravedad, quedando extática horas y horas?... ¡Oh Santo monasterio de la Encarnación! tú, teatro venturoso de maravillas tan estupendas, tú fuiste testigo por más de 30 años de los prodigios sobrenaturales obrados en Teresa de Jesús.

Existen todavía los parlitorios, (hoy *Gradas*) donde Teresa trató intimamente con San Francisco de Borja, y vió arrobado en éxtasis á mi San Pedro de Alcántara, y habló con San Juan de la Cruz quedando uno y otra extáticos por largo tiempo. Existen el coro alto y el coro bajo, en el primero se mostró á la Santa la Reina del cielo y en el segundo el mismo Señor de Cielo y tierra contrajo con ella un solemne pacto nupcial, honrándola con el título de Esposa suya. Existe tambien el lugar, sobre todo otro venerando, *Santuario bendito*, donde Teresa convertida en un volcán de amor Divino y como transformada en Cristo Crucificado, sintióse traspasado su corazón con un dardo de fuego agitado por un Serafín de la gloria; el Serafín mismo que tres siglos antes en las cumbres de la Alvernia traspasó con el mismo dardo las manos, los pies y el corazón de mi gran Patriarca San Francisco. ¡Teresa de Jesús! ¡Francisco de Asís! ¡El Serafín del Consuelo! ¡El Serafín de la Umbría! ¡La Virgen de Avila! ¡El Santo de Italia! ¡La Reformadora de la Orden Carmelitana! ¡El Fundador de los frailes Menores! ¡Santa Teresa de Jesús! y San Francisco de Asís, dos Seres enteramente sobrenaturales, dos bellísimos Serafines.

-FR. APOLINAR PÉREZ

Presidente de San Antonio.

(1) Esta poesía fué premiada en el certamen convocado en Manila para celebrar el tercer Centenario de Santa Teresa. Con permiso del autor la reproducimos en nuestras columnas.



Vista general de Ávila.

Fotografía de Juan Aguirre.

La mujer y la novela

«Era tan en extremo lo que en esto me embecía, que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento. Comencé á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabellos, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa.»

(Santa Teresa en su vida cap. 2.º)

Es la novela una composición literaria en que se refieren hechos reales ó ficticios con el fin de moralizar, instruir ó ridiculizar, y por tanto su autor, al escribirla, ha de valerse de cuantos medios le proporcionan no solo las ciencias y la historia, si que también, y muy principalmente, la literatura. Así es, que si el fin de la novela es moralizar ó instruir, como las de Wissemann, Coloma, Aurora Lista, Fernan Caballero, etc., será un excelente libro en manos de todos, y muy especialmente de la mujer; pero si es ridiculizar lo santo y honesto; perseguir la virtud y alabar el vicio; proclamar el reinado del placer y declarar la guerra á la religión católica porque predica la continencia y anatematiza los errores, entonces la novela es para todos, sin distinción, letal veneno; pero puesta en manos de la mujer, y de la mujer joven, es una espada de dos filos con uno de los cuales se hiere asimismo mortalmente y con el otro mata á quien tiene la desgracia de ponerse á su alcance.

Nada, absolutamente nada, es tan pernicioso para la mujer como la mala novela. Ni el baile con sus walses voluptuosos; ni la tertulia con sus críticas y conversaciones libres; ni la moda con sus desnudeces; ni, en fin, el teatro con toda su corrupción, que es mucha por desgracia, pueden causar tanto daño en la mujer, y sobre todo en la joven, volvemos á repetir, como la novela inmoral. ¿Porqué? Pues porqué la novela inmoral es baile, y tertulia, y moda y teatro llenos de podredumbre. Porque la novela inmoral es el medio más apto que ha podido inventar el infierno para perder las almas, como ha dicho un eminente literato, el P. Cayetano Fernandez.

«Buscaba el rey del infierno
Un ministro asaz inicuo
Para hacer horrible extrago
En el sexo femenino:
A este fin convida al lujo
Al amor y á los caprichos;
Buenos són, dice, al verlos,
Más no llenan mis designios,
Ya la elección está hecha.....
La Novela es el ministro.»

La mujer, ese ser explotado por el paganismo y digno hoy de todos los honores y respetos, que se merece, gracias á la religión católica; la mujer es, en expresión del Libro Santo, la fiel compañera y ayuda del hombre. Dios, dice San Agustín, (in Joann. Tract. IX) formó la primera mujer del costado de Adán con el fin de darle una compañera que le sirviera de ayuda en los trabajos de la vida. Misión divina que únicamente puede cum-

plir cuando su entendimiento está iluminado por la luz de la fé y en su corazón arde la llama de la caridad.

Pero quitadla la fé; arrancad de su corazón los nobles y santos sentimientos que en él había producido el santo amor, el amor de Dios; dejadla sin religión, y esa mujer, nave sin piloto ni gobernalle, ya no será la fiel compañera del hombre; la obediente y sumisa hija; la casta esposa, el ángel del hombre; será, con su hermosura y belleza física, un acabado modelo de desenvoltura y seducción, que su entendimiento y corazón sabrán poner en juego para desgracia de todos. Así lo enseña el sagrado libro del Eclesiástico: «A causa de la belleza de la mujer han perecido muchos. La mirada de una mujer hermosa», pero *sin virtud*, abrasa como el fuego.»

Agréguese que el entendimiento de la mujer tiene la suma facilidad de sentir cuanto ve y oye; de presentar todo lleno de vida; de convertir en amor su pensamiento, y nada podrá imaginarse ni más frívolo, atrevido y audaz que una mujer sin Dios y religión, como, con inimitable estilo, ha dicho un gran pensador.

¿Y qué diremos de su corazón? ¡Ah! Es una obra perfectísima de la diestra del Altísimo, y en él, cual en vergel frondoso, nacen el amor, la honestidad, el sentimiento, la delicadeza, todo lo noble, santo y bello; pero ha de ser estando entregado á Dios, no faltándole el suave freno de la religión; pues si esto falta, entonces habrá furias en vez mujeres; astutas y seductoras Aspicias en lugar de castas doncellas; en una palabra, la inmoralidad y el desenfreno, predicado por mujeres, se enseñorearán de la sociedad.

Después de lo expuesto ¿quién no ve ya los desastrosos efectos, las fatales consecuencias que en la mujer, y sobre todo en la joven, causa la novela inmoral? Esta viene á ser la única ocupación de la joven, que alucinada por aquella, no tendrá otros afectos y sentimientos que los que abunde la novela. Amor al lujo y los caprichos; horas perdidas en el tocador; incesantes deseos de exhibirse par ver y ser vista; afición desmedida al teatro, baile y reuniones; en fin, cuanto es y significa coquetería y vanidad serán los frutos recogidos en la novela.

No busqueis en su corazón juvenil prácticas piadosas, frecuencia de sacramentos, modestia y recato; todo ha desaparecido poco á poco, casi insensiblemente, y hasta Dios llega á ausentarse de él al verle manchado con la culpa.

Sin Dios, apagado el fuego vivificador de la religión ¿qué hará la pobre doncella, quién será capaz de detenerla en el camino del vicio que su imaginación, «la loca de la casa» le presentará cubierto de flores?

Concluyamos confirmando todo lo dicho con lo que sucedió á nuestra Santa, á la esclarecida virgen Santa Teresa de Jesús.

«Era (su madre) aficionada á los libros de caballería», dice en el cap. 2.º de su vida, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á

quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás; y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era en extremo lo que en esto me embecía, que sino tenía libro nuevo no me parece tenía contento. Comencé á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podría tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasada y cosas que me parecían á mi no eran ningún pecado muchos años; ahora veo cuan malo debía ser. «Hasta aquí nuestra Santa, que si no llegó á ofender gravemente como ella dice: *no me parece había dejado á Dios por culpa mortal*, sin embargo poco faltó para que el sol de la gracia dejase de iluminar su inteligencia y corazón.

Aprendan, pues, los padres el peligro que corren sus hijas y esposas cuando se entregan á la lectura de malas novelas.

Ávila 15 de Octubre de 1904.

ANDRÉS IGLESIAS
Presbítero.

LEJOS DE AHÍ

La distancia no es grande..... El mismo cuadrante de cielo cobija á la patria de Santa Teresa y á la de San Frutos..... La tierra que sustenta las dos provincias, cunas de tantos y tan esclarecidos personajes que orlaron de aureos caracteres la historia castellana, crisol y molde, á un tiempo mismo, de la hispana nación, se abraza y confunde, fusionándose bajo las miradas del soberbio é ideal Alcázar segoviano, residencia de los poderosos y magnánimos monarcas castellanos, y las del robusto ábside de la Apostólica iglesia abulense, baluarte inexpugnable de nobles caballeros á quienes fué confiada, en turbulentas épocas, la custodia del regio niño que llegó á ser uno de los más gloriosos Alfonsos...

Cielo y tierra se entrelazan; entrelazada marchó la historia de estas dos provincias hermanas que ahora suspiran por consolidar los lazos de íntima relación que de antiquísimo abolengo las unen, y en medio de este ambiente de identidad, y tan cerca una de otra población, hoy parecen separarme de mi querida Ávila miriadas de infranqueables leguas, porque el deseo que no puede satisfacerse, establece un abismo de distancia que parece alejar más y más el anhelado objeto.

Y así, no parecerá extraño que ante mi imaginación se agiganten tan cortas lejanías que yo quisiera poder franquear de un salto para acercarme á los pies de nuestra Santa bendita y, postrado ante ella de hinojos, balbucir en este día memorable la ferviente oración que brota del alma de un abulense, orgulloso de contar como

su más insigne paisana y como celestial Patrona á la Santa de nuestros amores, á la sin par Reformadora del Carmelo, á SANTA TERESA DE JESÚS.....

FERNANDO CID ZAVALA

Segovia 14 de Octubre de 1904.



Santa Teresa, gloria de la religión y de la patria

¡Santa mujer! Figura culminante del siglo dieciseis de nuestra era, de una generación toda gigante, epopeya sublime de la historia, que dá principio en Isabel primera y en tí corona inmarcesible gloria!
¡Ejemplo sin segundo de una nación por Dios predestinada á descubrir y conquistar un mundo llevando por doquier su fé sagrada: aliento sobrehumano ha menester tan colosal empresa, más ¿qué no hará la fé del pueblo hispano si es de ella Encarnación Santa Teresa?... Es la fé pura, ardiente, acrisolada que funda Santa Fé junto á Granada, la que en ignotos mares con sus héroes y santos misioneros conquista reinos y levanta altares; faro del laberinto que de una celda saca al gran Cisneros y que á otra celda lleva un Carlos quinto; luz que rayos vivísimos fulgura, don de la eterna celestial morada que hace ver á la triste criatura de su existir efímero la nada; páge de amor divino que extasiaba tu ingenio peregrino.

Secreto del encanto que exhalan los acordes de tu lira; y hace latir tu pecho de amor santo; genio del cristianismo que suspira de infinita esperanza, y arrebatada tu ser en raudos vuelos que el águila caudal jamás alcanza, hasta subir á la celeste altura desde la cima santa del Carmelo. «Padecer ó morir» es su ventura; y del claustro á la sombra á donde no la lleva la pereza (1) medita, canta, escribe, llora, reza, y esparce luz que al Universo asombra.
Espíritu sublime que al Supremo Hacedor agradó tanto, mira á tu patria que angustiada gime, porque de aquella gloria que fué del mundo admiración y espanto.

(1) Alusión á los detractores de la vida monástica.

de aquella fé tesoro de su vida,
apenas guarda ya triste memoria.
Ruinas los claustros con que el ave anida;
y del siglo al molesto torbellino,
imprecación es solo la plegaria
del ser que duda, al Hacedor divino.
Detente, Patria mía,
y pídele á tu santa Pasionaria
la fé que ves se extingue cada día.

No es ilusión: la duda te marchita,
y falta de esperanza,
si el proceloso mar la nave agita,
sin que divises puerto en lontananza,
no habrá calor, ni sangre ya en tus venas
y al embate de un siglo descreído
secas ¡ay! lo que ha sido
Roma imperial, republicana Atenas.
Menos tal vez: aquellos inmortales
al ver sus ideales
que ante la clara luz del cristianismo
como nieblas al sol desaparecieron,
rodaron al abismo
con sus hijos, sus nobles defensores,
que en él por siempre con valor se hundieron.
¿Y así ¡oh patria! olvidaste tu hidalguía?
¿La indiferencia así te enseñorea?
Lo que no consiguió Francia en Pavía
¿lo hará Voltaire con su sonrisa atea?

F. T.

SANTA TERESA Y LA LIBERTAD

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón.

Cuando fijamos los ojos en la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, para contemplar su hermosa y divina figura, descubrimos al momento en ella á la Doctora mística arrebatada hasta el tercer cielo, oyendo allí palabras misteriosas que no puede pronunciar lengua humana, bebiendo en raudales la más alta y sublime sabiduría en el mismo seno de Dios y «comunicándola sin envidia» á los hombres en un lenguaje también divino y aprendido en aquellas mismas alturas celestiales.

Se nos representa así mismo como abrasado serafín, que á impulsos del divino amor «muere porque no muere» y que por ese mismo amor es y se llama Teresa de Jesús, como Jesús se llama también y es de Teresa.

Aparece igualmente á nuestra vista como el tipo más perfecto y acabado de la mujer fuerte, que luchando varonilmente contra todo género de obstáculos y dificultades, destituida de todo humano favor y ayudada sólo del divino auxilio y de un modo á todas lices sobrenatural y milagroso, emprende y lleva á feliz término la grande obra de la reforma carmelitana.

Vemos, finalmente, en ella á la incomparable escritora de quien ha dicho Fr. Luis de León que «en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena composición de las palabras, y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con sus escritos se iguale.»

Pues de todos esos preclaros timbres de gloria que ostenta en su hermosa frente nuestra Santa y que son otras tantas preciosas perlas que abrillantan su corona, quiero yo prescindir ahora para fijarme tan solo en otro que llama muy poderosa-

mente mi atención, y sobre el cual quiero yo, á mi vez, llamar la de mis benévolos lectores en estas líneas que dedico á la Santa de mi corazón.

Una de las notas más salientes y características de Santa Teresa es, sin duda alguna, la grandeza, la magnanimidad de su corazón, ancho como las arenas del mar, como canta la Iglesia en el oficio de la Santa, un espíritu levantado, valiente, varonil, en fin, una gran libertad de espíritu que se revela y campea en todos los actos de su vida interior y exterior, lo mismo en orden á Dios, que con relación á los hombres y que hace de Teresa la Santa de la verdadera libertad, como es la Santa del divino amor.

Yo busco la raíz, la fuente, la causa de esa hermosa libertad de espíritu del Serafín del Carmelo, y al pasar la vista por los celestiales escritos de la inspirada Doctora, encuentro en sus páginas divinas la explicación más profunda, los más sublimes conceptos, los más altos y sorprendentes pensamientos acerca de la libertad y de las condiciones que se requieren para que sea verdadera y perfecta.

En un solo rasgo, que parece haber sido escrito entre los resplandores de la luz de la gloria, encierra la Divina Cantora del divino amor, cuanto acerca de este punto haya escrito ó pueda escribir algún mortal.

He aquí como la Santa nos dá testimonio de la libertad de su espíritu y juntamente nos señala la causa y raíz de esa misma libertad en esta cuestión que ella debió oír cantar á los Angeles en el cielo, para cantarla luego también con lengua de Angel en la tierra.

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón.

No es posible remontarse á mayor altura. No sé que hayan ido más allá ni el Aguila de los doctores, San Agustín, ni el mismo Doctor Angélico Santo Tomás, de quien se ha dicho que más allá de su «Suma», ya no queda más que la luz de la gloria. Iluminada por esa luz parece haber escrito Teresa:

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo.

De un vuelo se levanta hasta la misma divina esencia, para decirnos que allí se halla la causa de la libertad y que mediante la unión de su espíritu con Dios, la libertad, que se halla en Dios, como en su primera causa y raíz, pasa al espíritu de Teresa, produciendo en él libertad participada como efecto y como fruto hermosísimo de la unión con Aquél que es la misma libertad increada y por esencia.

El Doctor Angélico enseña que el entendimiento es la raíz de la libertad y que como el entendimiento divino es la primera causa, fuente y raíz de todos los entendimientos, así también es la primera causa, fuente y raíz de toda libertad.

Y si á esto añadimos, que según el mismo Doctor Angélico, cuanto una cosa se halla más próxima y unida á su causa tanto más de lleno y perfectamente participa de su virtud é influencia, deberemos inferir que la libertad de espíritu de la Santa fué tan perfecta como su unión con Dios.

Este mismo concepto acerca de la relación que existe entre la libertad creada, como efecto, y Dios como su causa, complemento y perfección, lo desarrolla maravillosamente y con más extensión la Seráfica Doctora en sus «Exclamaciones del alma á Dios» en donde demuestra claramente no sólo que la unión con Dios es la fuente de la libertad, sino también que no es posible la libertad verdadera y perfecta sin la divina unión. «Cómo, exclama allí la Santa Madre, cómo será libre el que del Sumo estuviere ageno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador? ¡Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos é inhabilitados para ser poderosos para soltarse!..... ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad sino vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma bondad donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria naturalizado con la vida de su Dios. El es bienaventurado

porque se conoce y ama y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa; no tiene ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí y dejarse de amar. Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso cuando te entrañares con este sumo bien y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza, porque la gracia de Dios ha podido tanto que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza con tanta perfección que ya no puedas ni desees poder olvidarte del Sumo bien, ni desear de gozarle junto con su amor.»

San Agustín dice: «La primera libertad es carecer de crímenes» y también: «Serás libre si fueres siervo de la justicia». Y asimismo; «Feliz necesidad es aquella que obliga á lo mejor.» y Teresa: «Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas... se vienen presos é inhabilitados para soltarse.»

El Doctor Angélico dice: «Que el libre albedrío pueda elegir entre varias cosas guardando el orden al fin, esto pertenece á la perfección de la libertad. Pero el elegir alguna cosa apartándose del orden al mismo fin, que es Dios, esto es pecar, es defecto de la libertad», y Teresa: «¿Cómo se verá libre el que del Su-



UNA PROCESION DE LA SANTA

Nuestro Señor Jesucristo nos dice en su sagrado Evangelio: «Conocereis la verdad, y la verdad os hará libres»; y Teresa hace consistir la mayor dicha y perfección del libre albedrío en verse «ahogado en aquel mar infinito de la Suma Verdad y entender lo que entiende el mismo Dios».

San Pablo dice: «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad»; y Teresa: «Ya que vieres perdida tu mudable voluntad; ya, ya no más mudanza: porque la gracia de Dios... te ha hecho partícipera de su divina naturaleza....»

mo estuviere apartado? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador?»

Por donde se ve que en las «Exclamaciones del alma á Dios» de la Seráfica Doctora, encontramos lo más alto y sublime que nos han dejado escrito acerca de la verdadera libertad los mismos Libres Santos y los dos genios más grandes y que más se han acercado en esta vida mortal al conocimiento de los bienaventurados; San Agustín y Santo Tomás.

Y se ve también á la luz de esta celestial doctrina de la Será-

ica Madre, que siendo Dios la primera causa, fuente y origen de toda verdad, de toda inteligencia, de toda justicia, de todo bien y de todo orden: y siendo la verdad, la inteligencia, la justicia, el bien y el orden condiciones necesarias é indispensables de la verdadera y perfecta libertad, no existe ni puede existir esta libertad verdadera y perfecta en los que viven lejos de Dios, y fuera de la Iglesia y que esa insubordinación, en orden á Dios y á la iglesia, del pensamiento, de la palabra, de la conciencia de la prensa y de las costumbres, que se llama «Liberalismo» es la muerte de la libertad; porque, «¿cómo será libre el que del Sumo estuviere ageno?» y «qué mayor ni mas miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador?»

— Por el contrario, en la unión con Dios, verdad, inteligencia, bondad, orden y justicia, todo en sumo grado, se halla la libertad más perfecta, como participación y fruto de la perfectísima, absoluta é infinita libertad del mismo Dios.

En el apartamiento de Dios se halla el Liberalismo.

En la unión con Dios la más hermosa libertad.

A questa divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón.

FR. PASCUAL BROCH.

Dominico.



Gloria á Santa Teresa.

Todo en este mundo material es perecedero; la muerte nada respeta; riquezas, honores, distinciones... todo, todo cae bajo el filo afilado de su guadaña; de todos los mortales, de la materia que informó su cuerpo, solo quedan en los cementerios, miserables restos de fosfatos de calcio y de magnesio. La historia, sola la historia conserva los nombres de los héroes, tanto en las ciencias, como en las letras y en las armas; pero la vida de los héroes cristianos, y sobre todo la vida de los Santos esa perdu, esa atravesará los siglos y sus nombres siempre, siempre serán bendecidos por todas las generaciones. En tanto que en Avila; ciudad de los Caballeros y los Leales, solo queda como testimonio de su grandeza, las murallas y sus templos, y estas grandezas consignadas en la historia, solo las conocen los hombres eruditos, el nombre de Santa Teresa es la corona más gloriosa de su pueblo, es el timbre más preciado de su historia, es el símbolo más patente de grandeza de su escudo. Y aún, materialmente considerado su glorioso cuerpo, el de Santa Teresa, no ha sucumbido bajo la acción roedora de los agentes quimicos que en la atmósfera y en el suelo destruyen muy pronto toda organización... la existencia, pudiera decirse aún viva; de su santo y transberverado corazón, y otras reliquias de su glorioso cuerpo, lo prueban y patentizan, la acción de los agentes y del tiempo las han respetado, pudiendo decirse que su cuerpo como su alma, son cuerpo y alma de la Santa que proclamó nuestra querida Madre la Iglesia católica como tal, y que llena el mundo y persiguiendo la mayor gloria de la Ciudad de los Leales.

J. G. V.



El Padre Custodio

Cupo á la ciudad de los caballeros la honra de ser cuna de una niña, hidalga por su elevada alcurnia, y de cuya ilustre prosapia descende la nobleza castellana, que se gloria de pertenecer á tan preclaro linaje, no tanto por sus antiguos blasones, como por el florón de la santidad, con que aquella esmalta el escudo de los Dávilas y Cepedas.

Bien merecía la casa solariega de tales hidalgos, donde la incomparable Teresa abrió los ojos á la luz, recibió la educación primera y habitó por espacio de quince años, embalsamándola con sus virtudes, transformarse en venerando templo y amoroso albergue de una nueva descendencia, fruto bendito de espiritual generación.

El insigne Prelado D. Pedro Cifuentes y Loarte concibió tan hermosa idea, y comenzaba las obras en el año de 1631, á expensas de su devoción, teniendo la gloria de terminarlas el Conde-Duque de Olivares en 1636, posesionándose los Carmelitas descalzos el día 15 de Octubre del citado año.

¡Un templo más, donde se venere á Dios, y un nuevo asilo, donde se refugien las almas, que aspiren á la perfección, bajo la enseña de la Reforma Carmelitar! Eso, que deseaba Teresa con vivas ansias, ese objetivo, al cual consagró sus afanes, era el mejor destino que podía darse á su casa natal, y el monumento más glorioso que los avileses podían erigir á la memoria de su esclarecida paisana.

Desde aquella fecha memorable los hijos de Teresa no cesaron de entonar los divinos cánticos, ni de pregonar las grandezas de su Madre, ni de saborear sus escritos, inspirándose en sus máximas, para subir al Carmelo de la contemplación, consagrados al estudio, entregados á las penitencias más austeras, reservándose para sí, como las abejas, el trabajo continuo, y dejando á los demás gustar la dulzura de la miel; en regaladas pláticas, sabios consejos y saludables ejemplos de todas las virtudes, hasta que sopló el viento de la revolución, pasadas ya dos centurias, y los religiosos abandonaron, bien á su pesar, el amoroso albergue, como las cándidas palomas su preciado nido, al oír los disparos del cazador.

Empero quiso la providencia deparar un *custodio fiel* á esa casa: tal fué Fr. Gregorio de Santa Salomé.

De pequeña estatura pocas carnes, modesta mirada y sosegado hablar, no podía inspirar recelos ni temores á los valientes, cuya bravura embestía á las tímidas ovejas ó á los regeneradores de la patria, que gritaban á diario: ¡Fuera los frailes!

Quizá, por esta razón, pasó desapercibida la presencia de Fr. Gregorio, sin cuidarse nadie del humilde religioso, ni prever que sería el lazo que, andando el tiempo, había de unir á los que expulsaron estrepitosamente, con otros que, á la callada, penetrarían en la santa mansión.

Lo cierto es que allí permaneció, como la tórtola solitaria en su preciado nido, exhalando sus quejas... y su lastimero arrullo conmovía á las almas sensibles, que aumentaban á medida que la noticia iba cundiendo en-

tre las buenas gentes. ¿Como no habían de acudir los avileses á visitar á su Santa? ¿Quién penetraría en el templo sin encontrar á Fr. Gregorio? En el altar, en el púlpito, en el confesonario, en el coro... tenía sus delicias, y en estas ocupaciones se le encontraba siempre, como el ministro que ora por el pueblo, exhorta á la virtud y combate el vicio, dirige las almas, entona las alabanzas divinas, y fiel guardian, custodia el depósito que le está confiado.

Más tarde, sin olvidar su querido Carmelo, lugar de sus contemplaciones y penitencias, de sus recuerdos y esperanzas, de sus consuelos y sus lamentos, se deja ver en la ciudad, sin que su modestia le permita mirar á nadie, y los primeros cuidados son para sus hermanas, que moran en los Conventos de San José de la Encarnación, que ansiosas, desean oír sus piadosas pláticas, sus fervorosas exhortaciones, saludables consejos, edificantes coloquios, perfumados con el celestial aroma de la mística Doctora.

Así va siendo cada día más conocido, y la fama pregonera de sus virtudes, le hace el hombre de todos y para todos, sin dejar de ser el fiel custodio de la casa de su Santa Madre, el protagonista de los sucesos que se desenvuelven en una época agitada, que acarreará mejores días á la Orden carmelitana.

Al revivir éstase agrupan en torno del anciano algunos jóvenes religiosos. Ya no esta solo: ya hay una pequeña comunidad: ha reflorecido el Carmelo con nuevos retoños y con la esperanza de dar colmados frutos.

Por entonces llegué yo, no para fijar mi asiento en Avila, sino para predicar el panegírico de la Santa, en la función que le dedicaba el Instituto de segunda enseñanza, cuyos profesores se acordaron de mí antes de que perteneciera á su claustro y en ello me dispensaron gran honra, que jamás olvidaré, ni tampoco sus finas atenciones, que alcanzaron también á mi querido padre, quien por última vez viajó en mi compañía. Mi primera visita fué á la cuna de Teresa de Jesús, la mujer endiosada, que arrebatava mi corazón, y con este motivo conocí á Fr. Gregorio, Prior á la sazón, quedando ya hechos amigos para siempre.

Al poco tiempo me avecindé en la pacífica ciudad,

de la que conservo muy gratos recuerdos, y pronto amaneció la aurora del Centenario, con cuyos albores se regocijaba el buen Carmelita, divisando en lontananza el día feliz de glorificar con pompa inusitada á la Seráfica Madre.

Comenzaba una nueva era, época de lucha y de trabajo, pero también de Esperanza y alegría. El venerable anciano meditaba planes, enviaba á Fr. Juan á la junta magna, cuando él no podía asistir, aceptaba de buena voluntad los acuerdos ajenos, y se esforzaba por realizar los propios. Pensamiento suyo fué, según creo, plantar el jardincito donde la niña Teresa levantó las

ermitas y facilitar la entrada á los devotos, perforando un muro del templo y construyendo cómoda y vistosa bajada.

Las principales fiestas se habían de celebrar en la Catedral, como templo principal y más capaz; pero los numerosos devotos no quedarían satisfechos, si no visitaban la cuna de la Santa, ni era justo que se interrumpiera en su Iglesia los acostumbrados cultos. No tenía yo poco que hacer como Vocal de la junta del Centenario; pero no podía menos de auxiliar al bondadoso Padre; pues aunque el Provincial le había enviado al enérgico Fr. Agustín, hubo tarea para todos.

Le propuse llevar predicadores de fuera y aceptó la proposición, diciendome: «bueno con tal que V. predique en el día de la función principal. Siento no poder ofrecer más que una pobre celda...» Cumplióse el programa, se realizaron las fiestas famosas, Fr. Gregorio se multiplicaba, se rejuvenecía, su semblante parecía el de un ángel, estaba satisfecho; porque veía honrada á la Santa bendita.

El trabajo de aquellos días capaz era de abrumar á los hombres más robustos; pero ninguna mella hizo en el decrepito anciano, cuyo varonil espíritu sostenía las fuerzas de sus quebrantados miembros y aún le dejaron alientos para mostrar una intrepidez nunca vista.

El Protestantismo celebró el día 10 de Noviembre de 1883 el IV centenario del nacimiento de Lutero y el catolicismo había de celebrar la fecha gloriosa, aniversario del nacimiento de Santa Teresa, correspondiente al 28 de Marzo de 1515, oponiendo al falso reformador la ver-

de la que conservo muy gratos recuerdos, y pronto amaneció la aurora del Centenario, con cuyos albores se regocijaba el buen Carmelita, divisando en lontananza el día feliz de glorificar con pompa inusitada á la Seráfica Madre.

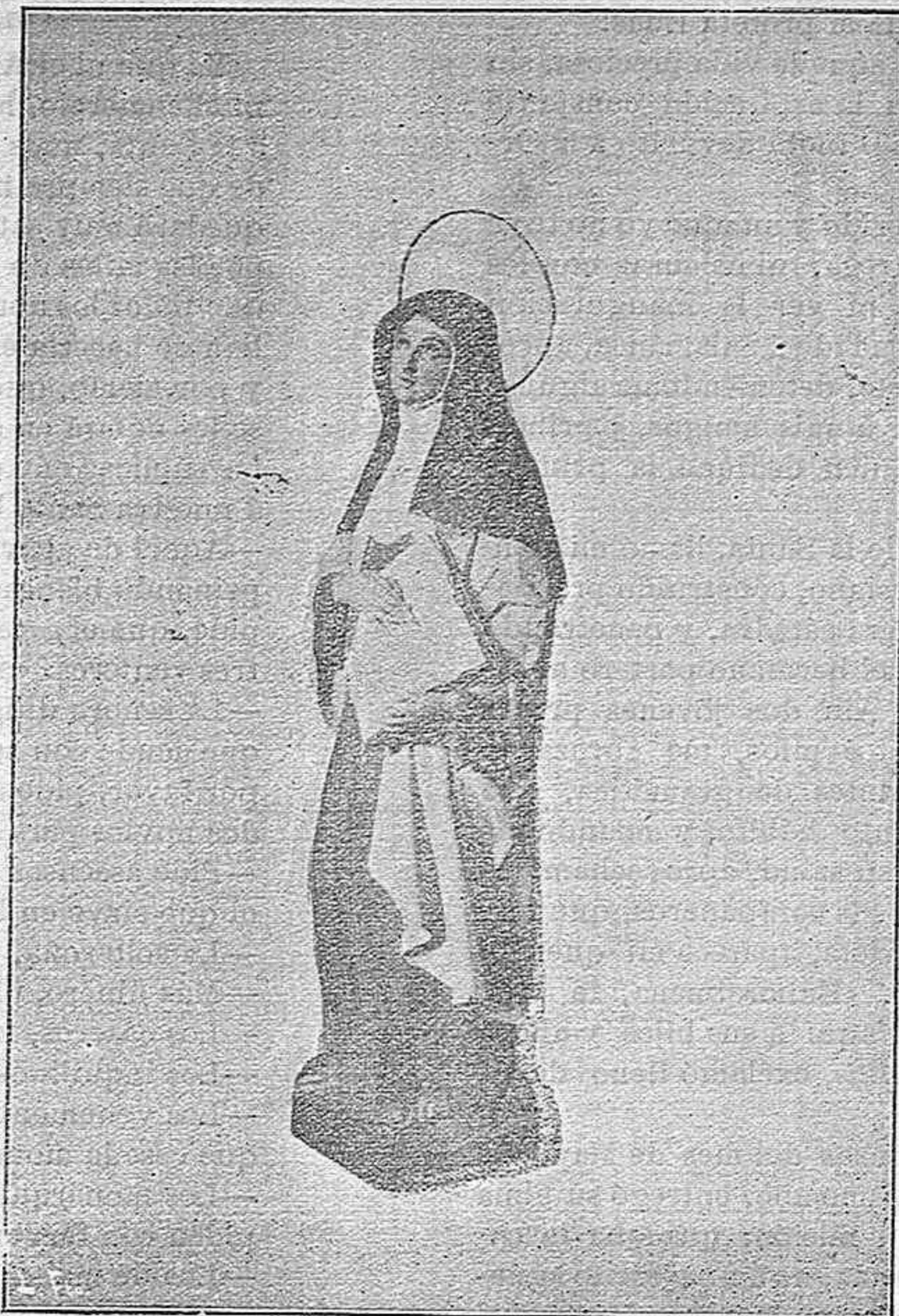


Imagen de Santa Teresa que se venera en la Catedral.

dadera reformadora y al doctor de Witember la Doctora de Salamanca (1).

Con este motivo organizóse una fiesta religiosa en la Iglesia de la Santa, tocándome ocupar una vez más la sagrada cátedra y por la noche hubo velada literaria en el Palacio episcopal, bajo la presidencia del Excmo. Prelado, D. Ciriaco Sancha y Hervás, y allí, aquél Fr. Gregorio, de apagada voz y pausada elocuencia, prorrumpe con frase atronadora: «Bien clamaba mi Santa Madre: otra vez estos herejes tornan á crucificar á Cristo», palabras que salieron como un rayo y como rayo hieren los corazones del auditorio, sorprendido por una valentía, no esperada. ¡Súbito arranque del fervoroso pecho, que siente latir el celo que consumía al profeta Elias!

La Providencia conservaba aquella vida preciosa, sin duda para que viera realizada la aspiración constante de su vida; que todo el convento fuera devuelto á la Orden Carmelitana.

Así sucedió, como dejo referido y aunque yo no tuve el placer de presenciar la entrega, ni celebrar con los religiosos tan fausto suceso, ni ver la inauguración de las obras, por haberme trasladado á Salamanca, aproveché mi primer viaje á la Corte, deteniéndome algunas horas en Avila, para saludar á mis amigos, y principalmente á Fr. Gregorio, á quien dediqué la primera visita.

Apenas divisé la plazuela de la Santa, llamó mi atención la fachada del Museo teresiano, construido precisamente donde yo tuve mi primera cátedra, y penetrando en el Convento, me acompañó el hermano portero al salón, convertido en Biblioteca. Allí dos jóvenes procedentes de Salamanca y conocidos míos, me abrazaron con tierno cariño: eran estudiantes de gramática, que se preparaban á tomar el santo hábito, y cuando me ocupaba en preguntarles por su salud, aprovechamiento en los estudios, número de sus compañeros, que formaban algunos grupos á mi vista, aparece mi querido y respetado Fray Gregorio. «Enhorabuena, le dije, V. R. se contentaba con tener aquí á sus hijos y ahora tiene hasta nietos». *Nunc dimittis*, exclamó lleno de júbilo.

Esto sucedía en los comienzos del mes de Mayo de 1891 y el 17 de Octubre del mismo año, entregó su alma al Criador. Había cumplido su misión: quedaba la casa natal de Santa Teresa confiada, no á un ejército aguerido, sino á una guardia de honor, cuyas armas son el estudio y la oración.

Bien merecía tan fiel guardián los honores de la sepultura en el mismo convento, y le fueron otorgados en 4 de Octubre de 1897, época en que se trasladaron sus restos desde el cementerio nuevo á la Iglesia de la Santa, sepultándolos junto al altar mayor. ¡Digno premio á su fidelidad, á su constancia, á su perpétuo sacrificio!

Cuando tantos conventos, joyas del arte, monumentos del saber y asilos de la virtud, se hallan convertidos en vergonzosas ruinas, ó no queda de ellos más que el vago rumor de su existencia, la cuna y el sepulcro de Santa Teresa están en pié y así permanecerán. Obra es, pues, de singular providencia, encaminada á futuros

destinos, para gloria de la Santa Castellana y dicha de sus devotos.

El glorioso sarcófago, guardado siempre por las Religiosas Carmelitas, se ostentará en la gigantesca Basílica, gracias al esfuerzo del Prelado salmantino, y la cuna inmortal queda custodiada por vigilantes centinelas, merced al desvelo del inolvidable Fr. Gregorio.

FRANCISCO JARRÍN

Romances de ciego.

Ya que ni el Ayuntamiento
ni el comercio, la dedican
á la Santa, unos festejos,
de que siempre ha sido digna,
quedará muy satisfecha
por las miles de visitas,
que todos los abulenses
han de hacerla en su capilla;
y por cierto, que en las caras
se les notará en seguida,
las súplicas que dirigen
á nuestra Santa bendita.

—Aquel de altiva mirada,
peinando blancas patillas,
pide, que el *papel* se eleve
tres «enteros» cada día.

—La señora diligente
que acude con sus dos hijas,
por favor, pide á la Santa
dos novios para las niñas.

—Pide ascensos y galones,
el que sirve en la milicia.

—La solterona, un marido.

—Más dinero, el prestamista.

—Los caseros, inquilinos.

—Los inquilinos..., moreilla...

—Los vehementes radicales,
que cese la monarquía.

—Los monárquicos, en cambio,
piden con fervor que viva.

—Los de mandil y triángulo
que Maura *ahueque* en seguida,
dejándonos de «descansos»
y otras latas parecidas.

—Buen número de abulenses,
impetran que se supriman
las fiestas, si el año próximo
van á ser tan aburridas;

y yo, para no ser menos,
puesta en tierra mi rodilla
suplico á Santa Teresa
prosperidades y dichas,
para este humilde periódico,
para EL ECO DE CASTILLA.

ARTURO PÉREZ

Un coplero.

(1) Santa Teresa no recibió el doctorado en la Universidad de Salamanca, como algunos afirman, sino que en esta ciudad fué donde comenzaron á llamarla doctora.

Anécdota.

La Muy Ilustre Sra. D.^{na} Teresa de Cepeda y Ahumada, luego Madre Teresa de Jesús y más tarde Santa Teresa de Jesús, Doctora Mística y gloria del mundo, ha merecido que el mundo todo se ocupe de sus glorias, y se la ha cantado como reformadora insigne, como Doctora acaso la que más en su sexo, como Santa portentosa, como noble demostrando tal hidalguía en sus acciones todas, capaz de haber prestado á los cuarteles de su escudo de armas todas las grandezas, que los más esclarecidos tienen, si ya no los hubiera tenido cuando sus padres se los legaron, pero que nuestra Santa supo como si dijéramos matizar y esmaltar más y más.

Hay sin embargo en Teresa de Jesús un concepto en el que la han mirado muy poco, y del cual ha dado señales y pruebas, que no exentas de virtud y por tanto, llenas de ejemplaridad, aunque algún tanto vulgares, y por esto ni han merecido los honores de ser consignadas ni en las Biografías, ni en los estudios que de la Santa se han hecho, ni en ninguna parte. Santa Teresa era castellana vieja. Ya en otra ocasión tuve la satisfacción honrosísima de que un periódico muy digno, que se publicaba en esta ciudad sacara á luz uno de los rasgos que la acreditan en este concepto, y hoy voy á consignar otro que también merece, á mi pobre juicio, conocerse.

Iba la Santa caminando hacia Andalucía para hacer una de sus fundaciones en la tierra de María Santísima; acompañábala su Capellán D. Julián de Avila, los caminos eran penosos, las jornadas largas, los recursos con que hacían sus caminatas modestos, he dicho poco, escasos, alguna vez la tierra y el cielo, como se dice vulgarmente. Llegaron los dos que podemos decir peregrinos á un pueblo muy miserable; la Iglesia imponía en aquél día el precepto del ayuno y como se había llegado aún al privilegio de la Bula de carne, era obligatoria la comida de vigilia.

El Sr. Cura del pueblo no estaba en él por aquellos momentos; en la posada no había vianda alguna cuadragesimal ni podía prepararse. La Santa experimentaba el natural desfallecimiento de su quebrantada salud, de su viajar, y de todas las circunstancias que se reunían; el Sr. Capellán retorció su imaginación para ver de alimentar á la Religiosa, y al cabo el posadero le dijo: «Señor; pan y vino no hay lo bastante para que ustedes dos se alimenten suficientemente, pero tengo un par de pollos buenos que les vendrán bien...» Algo vaciló el P. Julián, pero entre que Santa Teresa se agravara en su enfermedad, ó que comiera pollos, parecióle preferible ésto y así la dijo: Madre, hay que comer pollos.... se lo mando.... La Santa no replicó y mano á mano despacharon la vianda que les pusiera el posadero.

Terminada la refección, Teresa quedó como pensativa: el P. Julián creyó deber animarla, y tomando ocasión de la comida, quiso escusarse de la insistencia con que la había obligado á aquella infracción, entonces necesaria; mas la Santa (mejor diremos la castellana vieja) con su sencillez y con la veracidad con que pro-

nunciaba todas sus palabras, le dijo: «PADRE, PADRE, NO TOME PENA; POLLOS Y OBEDIENCIA GRAN BOCADO!»

Santa Teresa de Jesús fué grande aún en las cosas más nimias; séala honor y veneración el conocimiento ó recuerdo de ellas.

UN INGENIO DE LA CORTE.



AVILA

La noble ciudad de Avila, la ciudad de los Caballeros y de los Leales, ni puede ni debe tener envidia á ninguna de las demás capitales de nuestra amada Patria. Su nombre, allá en tiempos bastante remotos, era ya conocido, y los notables monumentos arquitectónicos de dentro y de fuera de sus murallas, son otros tantos testigos de su antigua preponderancia y valimiento. Esas murallas inespugnables en los tiempos en que se construyeron y algunos años despues, demuestran bien á las claras su antiguo poderío y el valor de sus indómitos castellanos.

Gloriosa es la historia de esta noble Ciudad; y si hoy vive como olvidada; si vive, no con la vida exuberante de sus primitivos tiempos, si no, lánguida es casi muerta, debido es al abandono, en el que la dejaron sus propios hijos; aquellos hijos nobles castellanos, aquellos próceres ilustres, de cuya nobleza y grandes hazañas, las mismas murallas son testigos.

Verdad es que dentro del cinto de granito y pórfido que la circunda, no se oye hoy, como se oía en los tiempos de nuestra reconquista, el ruido de las trompetas y tambores, el crujir de las espadas y las lanzas, el ruido de los caballos y el particular sonido de las espuelas de tantos ginetes y caballeros; pero no es menos cierto que, aquella gloria que en cien, y cien combates, la crearon sus defensores, no se ha extinguido ni se extinguirá jamás, en tanto que haya historia y vivan entusiastas castellanos orgullosos en conservar y transmitir á las venideras generaciones, las tradiciones venerandas de Castilla.

Primer baluarte de Castilla, Avila del Rey, en los tiempos en que la media luna pretendió enseñorearse y poner á los pies de su falso Profeta nuestra España querida; no solamente brillaron en ella notables capitanes, sino que también, y despues por mucho tiempo dieran lustre á la Ciudad y todo su territorio, grandes Santos, reinas no menos grandes en el orden político y social, varones ilustres, sabios de primer orden, políticos de gran talla, escritores, artistas y cuantos genios puedan ennoblecer el dar gloria á una provincia y aun á toda una nación.

Por si no bastara tanta gloria, Dios, que en los inescrutables designios de su Providencia, prepara los pueblos para que siempre den testimonio de su infinita sabiduría y omnipotencia, dotó á Avila, del florón más grande de su historia, é hizo que dentro de sus murallas naciera la *Seráfica Teresa*, alegría de la Iglesia católica, gloria de España, y el más grande honor de su querido pueblo.

Podrán borrarse del libro de la Historia, las grandezas de la Ciudad de Avila, podrán desaparecer de la memoria de este pueblo las grandes hazañas de sus hijos, podrán olvidarse los nombres de tanto varón ilustre, que tan grande le dieron á esta Ciudad, pero la gloria de Teresa no desaparecerá jamás en la gloria de Dios, y esta durará hasta la consumación de los siglos.

Por esto siempre será conocida la Ciudad de los Caballeros; por lo mismo también, siempre ocupará un lugar preferente en la historia de la Patria, porque nunca faltarán cantores que ensalcen las glorias de *Teresa*, y su nombre siempre irá unido al de su querida Ciudad. Y como no se extinguirá jamás el brillo de su Santidad, y este brillo ha extendido y extiende sus potentes rayos por todo el universo mundo, la gloria de *Teresa* es universal, y universal así mismo la gloria de su querida Patria; la gloria de *Avila*.

FELIX GUERRAS SALCEDO

Avila 15 de Octubre del 1904.

Y por más que en el alma
del que así se contempla
esa embriaguez dichosa, inenarrable,
solamente se asienta,
derrama su licor más deleitoso
por todas las potencias,
é inunda el apetito sensitivo,
y de placeres sin igual le llena,
y en excesos de gozo le rebose,
y rompiendo del mundo las cadenas
profundamente olvida



ARROBAMIENTO

Es el amor que Dios á un ser inspira
cuando en pasión se trueca,
sentimiento voraz que oprime el pecho,
y enloquece, enajena,
y rindiendo en transportes y ansias santas
al alma en que su incendio se prendiera,
la hace tender, subir, volar gozosa,
dejando de la tierra
las vanas ilusiones,
las doradas miserias,
por llegar al objeto de su anhelo
y en su Dios abismarse toda entera.

las cosas de la tierra,
abismada en las ondas
de luz y de grandeza
que de la gloria de su Amado emanan;
y trabada la lengua
con el más dulce y celestial arroyo
que fluye del Amado á quien anhela,
en sueño subidísimo
caer se siente, y á él toda se entrega
y enteramente duerme,
excepto el corazón, que amante vela
despierto y derretido
en afectos de amor, como si fuera
una cosa á la par fluida y líquida
que á la divinidad misma se eleva,

del Dios á que ella adora
y en ella se recrea.
¡Así tu corazón, Santa bendita,
prez y honra de esta tierra;
gozaba anticipadas en el mundo
las venturas del trono en que hoy te asientas!

JAIIME MARTINEZ VILLAR
Abi-Bute

SANTA TERESA MAESTRA DE LA LIBERTAD

Si este artículo cayera en manos de algunos de tantos seudofilósofos como hoy día se erigen en declamadores y abogados de los fueros de la libertad, sin haber aún conseguido penetrar en el verdadero concepto que entraña este nombre, se admirarían á no dudarlo y no podrían menos de exclamar: ¡Cómo! ¿Santa Teresa, una monja y por añadidura fundadora de conventos puede ser maestra de la libertad? ¿pues no son los conventos los asilos de la esclavitud, y los que se amarran con votos los que abiertamente pisotean esa riquísima joya de que está dotada nuestra alma? Al hacer la profesión religiosa, ¿no renuncian los frailes y las monjas á su libertad? ¿Cómo pues una monja que pasó la mitad de su vida recluida en un claustro y la otra mitad fundando conventos pueda sin sarcasmo ser llamada maestra de la libertad? Y á buen seguro que si el que oyera estas preguntas aun sin ser un Balmes ó un Zeferino González, fuera, cuando menos, un discípulo medianamente aprovechado de tan grandes ingenios, no podría impedir que una sonrisa un tanto de guasa, un tanto de lástima, se pintase en sus labios. Porque en efecto, el que así nos objetase demostraría que ni tenía concepto de lo que es libertad, ni de lo que se debe estudiar y profundizar en una cuestión antes de meterse á declamar sobre la misma.

Han creído algunos modernos que el obrar el mal es usar de la libertad, siendo así que no solamente el pecado es un abuso, no un uso de la libertad, sino que la misma facultad que dá potencia para obrar el mal, lejos de ser de la esencia de la libertad, es signo de la limitación ó imperfección de la misma.

El poder obrar el mal siempre es una imperfección de la voluntad, como es una imperfección del entendimiento el poder engañarnos, y de los ojos el no ver los objetos, y siendo la libertad una de aquellas perfecciones que al decir de los escolásticos se llaman *simpliciter simplices* excluye de su concepto toda imperfección y por consiguiente la potencia de pecar. Por eso si nosotros podemos pecar no es en cuanto que somos libres, si no en cuanto que lo mismo en la libertad como en las demás facultades somos limitados; por eso aquel que en todo es grande, infinito y poderoso Dios Nuestro Señor, careciendo de la facultad de obrar mal, es mucho más libre, infinitamente más libre que todas las criaturas.

Y no es necesario recurrir á la Metafísica para probar estas conclusiones, tenemos un verdadero manantial de argumentos en la experiencia cotidiana. La libertad supone el dominio en las acciones, la exclusión de coacciones. Los pecados, y sobre todo cuando por un hábito no interrumpido se convierten en vicios, son cadenas que arrastran, que oprimen al hombre, y le privan del verdadero dominio sobre sus acciones. Miraba al cielo un día Lutero y extasiado ante el azul del firmamento todo cuajado y tachonado de estrellas, sintió un deseo, el deseo de desprenderse de la carne, de salir del cielo,

de romper los vínculos de las malas costumbres y volar al cielo de las virtudes para un día poder penetrar en el cielo de la gloria. Pero las pasiones ahogaron el deseo del alma, los vicios le amarraron á la tierra, y triste y desesperado volvió luteró á mirar al suelo diciendo: no puedo porque el carro está muy atollado.

No puedo porque el carro está muy atollado, esta es la frase que diariamente repite sin darse cuenta, el lujurioso que desea ser continente pero que no tiene valor para privarse de los deleites groseros y sensuales, el avariento que quisiera ser limosnero pero que carece de fuerza para desprenderse del vil metal, el vicioso. en una palabra que conociendo lo miserable de su vida ansía ser virtuoso y no se decide á dar el primer paso para buscar la santidad en la enmienda y en el arrepentimiento. Y este hombre que ve la virtud y conoce que en ella está la dicha, que contempla el vicio y se persuade que en él está la muerte, y que sin embargo la fuerza de una costumbre, de un hábito criminal le arrastra al vicio y le aparta de la virtud, ¿se puede decir que es libre?

Libre es no lo dudamos, porque aun le queda en el fondo del alma un resto de energía para poder cooperar á la gracia que nunca falta, y romper con aquella costumbre y con aquel vicio, pero esa libertad está debilitada, amenguada y casi por completo destruida.

Doctrina tan filosófica y eminentemente cristiana la hemos aprendido en los libros de nuestra seráfica Doctora Santa Teresa. Nos cuenta la Santa como tuvo que luchar con las vanidades del mundo, con las tentaciones de la parte inferior, y como gracias á sus esfuerzos fundidos por la mano de Dios llegó á limpiarse de toda imperfección, á vivir sola para el cielo, á buscar la gloria en todo de su amado; y al llegar á esto nos dice: entonces conocí que en servir á Dios está la verdadera libertad. Más se puede aprender sobre la libertad en estas palabras de la Santa que en tratados enteros de eminentes filósofos. Sirviendo á Dios, practicando la virtud es como somos libres, porque entonces la inteligencia discurre sin las sombras de las pasiones, ve clara y brillante la verdad, y libre de ataduras, de vicios y pecados corre en su busca por lo mismo que conoce que en ella está la verdadera dicha, lo que nos conviene, lo que nos hace felices. Obrar de esta manera es tener dominio sobre nuestros actos, es ser verdaderamente libres.

Y si todo esto nos prueba que Santa Teresa es ejemplar de la verdadera libertad, mucho más nos lo probará el verla profesar en un monasterio, y el contemplarla fundando otros muchos en el Carmelo. En efecto cuanto el hombre más se acerca á Dios más se perfecciona en la libertad. No hay duda que los religiosos al separarse del mundo se acercan á Dios más, mucho más que los seglares. Por eso ellos son más libres, por eso en los claustros se respira más puro el ambiente de la libertad; y la libertad del hombre encuentra un verdadero argumento en los votos monásticos.

El religioso se compromete á ser casto, pobre y obediente no por un día sino por toda la vida ¿podría comprometerse á esto sino fuera libre? no. Supongamos ciertas las teorías de Lombroso, de Ferri y de los demás deterministas, en este caso el hombre obedece á la fatalidad, no es dueño de hacer uno ó lo otro, necesariamente obrará lo que esta ya determinado ¿Será casto, obediente y pobre? no lo sabemos, lo será ó no, segun le impulsen ciegamente las necesidades de la vida. En este caso el hombre no debe comprometerse, dar su palabra, y menos sellar con voto el hacer algo en su vida futura. Pero si el hombre es libre tendrá que luchar con las pasiones, pero no importa, podrá vencerlas; tiene verdadero dominio sobre sus acciones y venciendo las tentaciones hará lo que le dicte la razón. En este caso puede si quiere dar su palabra y sellarla con voto, y prometer á Dios y á la sociedad ser casto, pobre y obediente.

Los votos monásticos se fundan en la libertad; San-

ta Teresa al profesar en la Encarnación y al fundar más de treinta conventos, dió gallarda muestra de que amaba la libertad y se constituyó en defensora y maestra de la misma. En cambio los modernos libertarios son los verdaderos libertinos, son los verdaderos vándalos de la libertad. ¿Que libertad es esa que impide al hombre comprometerse con su voto á ser virtuoso? ¿qué libertad es esa que persigue á los religiosos y les fuerza á que vivan fuera de sus conventos? No, no es esta la libertad como tampoco la es la del blasfemo, la del vicioso ni la del criminal.

La libertad es la de la virtud, es la de Teresa de Jesús. Aclamemos pues á Teresa diciendo: Salve Teresa, salve defensora, salve maestra de la libertad. Y mirando á los modernos libertadores digámosles; en la frente llevais escrito como Cain la maldición de Dios, sois los tiranos, los verdugos de la verdadera libertad.

NICANOR CALLEJA

TEXTOS DE SANTA TERESA DE JESUS

OCTAVA

Dichoso el corazón enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
Por Él, renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

VIRTUDES

¡Oh soberanas *virtudes*, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir, y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones. No haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: solo teme descontentar á su Dios, y suplicarle le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es, que estas *virtudes* tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y válas perficionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen, luégo se da á entender á los que las tratan, sin querer ellos....

Por la *humanidad* se deja vencer el Señor á cuanto de El queremos.

¡Oh *humanidad* qué grandes vienes haces á donde estás, y á los que se llegan á quien la tiene!...

Delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de *humanidad* y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo...

AVISOS

La tierra que no es labrada llevará abrojos, y espinas aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre.

De todas las cosas espirituales decir bien, como de religiosos, sacerdotes y ermitaños.

Entre muchos, siempre hablar poco.

Ser modesta en todas las cosas que hiciere, y tratare.

Nunca porfiar mucho, especial en cosas que vá poco.

Hablar á todos con alegría moderada.

De ninguna cosa hacer burla.

Nunca reprender á nadie sin discreción, y humildad, y confusión de sí misma.

Acomodarse á la complexión de aquel con quien trata; con el alegre, alegre; y con el triste, triste: en fin hacerse todo á todos, para ganarlos á todos.

Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

Jamás escusarse, sino en muy probable causa.

REMATE OBLIGADO

Rendido el homenaje de reconocimiento, admiración y entusiasmo, á la que es ornamento y flor de la Iglesia; á la inclita Reformadora del Carmelo y orgullo de los Avileses; á nuestra sin par Teresa de Jesús; una sola cosa nos resta, que á fuer de agradecidos nos complacemos en hacer constar: No es otra que mostrar nuestro más profundo reconocimiento á los ilustrados y muy respetables colaboradores, que con sus autorizadas y prestigiosas firmas, se han dignado honrar nuestra modesta publicación.

Mucho sentimos que á la cabeza de este número, cual era su deseo y el nuestro, no aparezca la de nuestro sabio y virtuoso Prelado; la circunstancia de encontrarse los quince días últimos cumpliendo una de las pesadas cargas de su elevado Ministerio, la Santa Pastoral Visita, lo ha impedido; conocíamos su buena voluntad y por lo tanto, sea para él también el testimonio de nuestra gratitud.

Que Teresa de Jesús desde el cielo bendiga á cuantos de manera tan hermosa cantan sus glorias, y dé nuevos alientos para proseguir en sus arduas tareas á

LA REDACCIÓN